



D. H. Lawrence

El Muñeco del  
Capitán

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL MUÑECO DEL CAPITÁN

**D. H. LAWRENCE**

**PUBLICADO: 1923**  
**FUENTE: GUTENBERG.NET.AU**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# I

— ¡Hannele!

— Ja-a.

— ¿Wo bist du?

— Hier.

— ¿Dónde entonces?

Hannele no levantó la cabeza de su labor. Estaba sentada en una silla baja bajo una lámpara de lectura, con una cesta de retales de seda de colores a su lado y, en las manos, un muñeco o maniquí que estaba vistiendo. Le estaba haciendo algo en la rodilla al maniquí, de modo que el pobre caballerito se balanceaba cabeza abajo con los brazos agitados salvajemente. Y no era en absoluto decoroso, porque el muñeco era un soldado escocés con unos pantalones de tartán muy ajustados.

Sonó un golpe en la puerta y la misma voz, una voz de mujer, llamó:

— ¿Hannele?

— ¡Ja-a!

— ¿Estás aquí? ¿Estás sola? — preguntó la voz en alemán.

— Sí, entra.

Hannele no sonó muy alentadora. Dio la vuelta a su muñeco al abrirse la puerta y le alisó la casaca. Una joven de ojos oscuros se asomó por la puerta

con una pícara timidez. Iba vestida a la moda para salir a la calle, con una gruesa capa y un sombrero negro calado hasta las orejas.

—¡Sola, completamente sola! —dijo la recién llegada con tono de asombro—. ¿Dónde está él, entonces?

—Eso no lo sé —dijo Hannele.

—¿Y te sientas aquí sola a esperarle? ¡Pero no! ¡A eso lo llamo yo valor! ¿No tienes miedo? —Mitchka se acercó paseando hasta su amiga.

—¿Por qué habría de tener miedo? —dijo Hannele secamente.

—¡Pero no! ¿Y qué estás haciendo? ¡Otra marioneta! ¡Aunque este es bueno! ¡Ja, ja, ja! ¡Él! ¡Es él! No, no, ¡eso es demasiado hermoso! No, eso es demasiado hermoso, Hannele. Es él, exactamente él. Solo los pantalones.

—Él también lleva esos pantalones —dijo Hannele, poniendo al muñeco de pie sobre su rodilla.

Era un retrato perfecto de un oficial de un regimiento escocés, esbelto, delicadamente hecho, con una ligera y elegante inclinación de hombros y pantalones de tartán ajustados. El rostro estaba bellamente modelado, y era un retrato maravilloso: de tez morena, con un pequeño bigote oscuro y recortado, grandes ojos oscuros y ese aire de distanciamiento y perfecta timidez que distingue a un oficial y a un caballero.

Mitchka se inclinó hacia delante, estudiando el muñeco. Era una mujer hermosa, de piel cálida y dorada oscura, y claras cejas negras sobre sus ojos de color pardo rojizo.

—No —susurró para sí misma, como maravillada—. Es él. Es él. Solo que no los pantalones. Hermosos, sin embargo, los pantalones. ¿Tiene realmente unas piernas tan hermosas y finas?

Hannele no respondió.

—Exactamente él. Tan acabado como él. Tan completo. Él es justo así: acabado. ¿Lo ha visto?

—No —dijo Hannele.

—¿Qué dirá entonces? —Mitchka se sobresaltó. Su fino oído había captado un sonido en las escaleras de piedra. Una mirada de miedo asomó a su

rostro. Voló hacia la puerta y salió de la habitación, cerrándola tras de sí.

—¿Quién es? —se oyó su voz llamando con ansiedad escaleras abajo.

La respuesta llegó en alemán. Mitchka abrió inmediatamente la puerta de nuevo y volvió para reunirse con Hannele.

—Solo es Martin —dijo.

Se quedó esperando. Un hombre apareció en el umbral, erguido, militar.

—¡Ah! Condesa Hannele —dijo con su modo rápido y preciso, mientras permanecía en el umbral en la distancia—. ¿Se puede entrar?

—Sí, entra —dijo Hannele.

El hombre entró con paso rápido y militar, hizo una reverencia y besó la mano de la mujer que cosía el muñeco. Luego, mucho más íntimamente, rozó las manos de Mitchka con sus labios.

Mitchka, mientras tanto, echaba un vistazo a la habitación. Era una buhardilla muy grande, con el techo inclinado que luego se curvaba en dos hermosos movimientos hacia las paredes. La luz de la lámpara de lectura, de pantalla oscura, caía suavemente sobre la enorme bóveda encalada del techo, sobre los diversos objetos alrededor de las paredes, y formaba un brillante charco de color donde Hannele estaba sentada con su vestido rojo suave y su cesta de sedas.

Era una mujer clara, de cabello rubio oscuro y una piel hermosa y fina. Su rostro parecía luminoso, con un cierto destello rápido de vida cuando miraba al hombre. Él era apuesto, afeitado, con unos ojos muy azules tensados un poco demasiado abiertos. Se podía ver la guerra en su rostro.

Mitchka deambulaba por la habitación, mirándolo todo y diciendo:

—¡Hermoso! ¡Pero hermoso! ¡Qué buen gusto! ¡Un hombre, y con tan buen gusto! No, no necesitan una mujer. No, mira esto, Martin, el capitán Hepburn ha arreglado toda esta habitación él mismo. Aquí tienes al hombre. ¿Lo ves? Tan simple, pero tan elegante. Necesita una mujer.

La habitación era realmente hermosa, espaciosa, pálida, suavemente iluminada. Estaba caldeada por una gran estufa de azulejos azul oscuro, y tenía muy pocos muebles salvo grandes alacenas campesinas o armarios de madera pintada, y una enorme mesa de escritorio, sobre la cual había mater-

ial de escritura, algunos aparatos científicos y una planta de cactus con finas flores escarlata. Pero era una habitación de hombre. Había tabaco y pipas en una pequeña bandeja; en las perchas, a lo lejos, colgaban abrigos militares y cinturones, y dos armas en un soporte. Luego había dos telescopios, uno montado en un trípode cerca de una ventana. Varios aparatos astronómicos yacían sobre la mesa.

— Y lee las estrellas. Piensa solamente: es astrónomo y lee las estrellas. ¡Gente rara, rara, los ingleses!

— Es escocés — dijo Hannele.

— Sí, escocés — dijo Mitchka—. Pero, ¿sabes?, tengo miedo cuando estoy con él. Está en un callejón sin salida. No sé adónde puedo llegar con él. ¿Tú también le tienes miedo, Hannele? ¡Ah, como un camino cerrado!

— ¿Por qué habría de tenerlo?

— ¡Ah, tú! Quizá no sabes cuándo deberías tener miedo. ¿Pero si viniera y nos encontrara aquí? No, no; vámonos. Vámonos, Martin. Ven, vámonos. No quiero que el capitán Hepburn venga y me encuentre en su habitación. ¡Oh, no! — Mitchka empujaba afanosamente a Martin hacia la puerta, y él se reía con esa risa extraña y loca en sus ojos tensos—. ¡Oh, no! No me gusta. No me gusta — dijo Mitchka, probando ahora su inglés. Pronunció algunas frases con gracia—. Oh no, Sir Captain, no quiero que venga. No me gusta, estar aquí cuando usted viene. Oh no. En absoluto. Me voy. Me voy, Hannele. Me voy, mi Hannele. ¿Y tú te quedarás realmente aquí y lo esperarás? ¿Pero cuándo vendrá? ¿No lo sabes? Oh, vaya, no me gusta, no me gusta. No espero en la habitación del hombre. No, no. Nunca, jamais, jamais, voyez-vous. ¡Ay, pobre Hannele! ¿Y tiene mujer e hijos en Inglaterra? ¡Nevair! No, nevair le esperaré.

Había empujado ajetreadamente a Martin a través de la puerta, se había acomodado la capa y adoptado una pose remilgada y elegante, lista para la calle; agitó la mano, puso ojos grandes y asustados a Hannele y desapareció. La condesa Hannele recogió el muñeco de nuevo y comenzó a coserle el zapato. El sustento que tenía ahora lo ganaba haciendo estas marionetas.

Pero estaba inquieta. Presionó los brazos contra su regazo, como si mantenerlos doblados la hubiera fatigado. Luego miró el pequeño reloj en su

escritorio. Era mucho después de la hora de cenar; ¿por qué no había venido? Suspiró algo exasperada. Estaba cansada de su muñeco.

Dejando a un lado su cesta de sedas, fue a una de las ventanas. Afuera las estrellas parecían blancas y muy cercanas. Abajo estaba la oscura aglomeración de los tejados de las casas, una humareda de luz subía desde debajo de la oscuridad de los tejados, y un leve estruendo de ruido desde la ciudad muy abajo. La habitación parecía alta, remota, en el cielo.

Fue a la mesa y miró su sujetapapeles con cartas en él, y su lacre y su caja de sellos, tocando cosas y moviéndolas un poco, solo por el contraste, sin notar realmente lo que tocaba. Luego tomó un lápiz y, en rígidos caracteres góticos, comenzó a escribir su nombre —Johanna zu Rassentlow— una y otra vez su propio nombre; y luego una vez, amargamente, con curiosidad, con un curioso afilamiento de su nariz: Alexander Hepburn.

Pero tiró el lápiz, sin tener ya más interés en su escritura. Deambuló hacia donde el gran telescopio se alzaba cerca de una ventana más lejana, y permaneció unos minutos con los dedos sobre el cañón, donde estaba un poco más brillante por el tacto de él. Luego vagó inquieta de vuelta a su silla. Había cogido su marioneta cuando le oyó en las escaleras. Levantó el rostro y observó mientras él entraba.

—Hola, estás ahí —dijo él tranquilamente, mientras cerraba la puerta tras de sí.

Ella le miró fugazmente, pero no se movió ni respondió.

Él se quitó el abrigo con movimientos rápidos y tranquilos, y fue a colgarlo en las perchas. Ella oyó sus pasos y miró de nuevo. Era como el muñeco, un hombre alto, esbelto y de buena cuna en uniforme. Cuando se giró, sus ojos oscuros parecían muy abiertos. Su cabello negro estaba encaneciendo en las sienes: el primer toque.

Ella estaba cosiendo su muñeco. Sin decir nada, él giró la silla del escritorio, de modo que se sentó con las rodillas casi tocándola. Luego cruzó una pierna sobre la otra. Llevaba finos calcetines de tartán. Sus tobillos parecían esbeltos y elegantes, sus zapatos marrones se ajustaban como si fueran parte de él. Durante unos momentos la observó mientras ella estaba sentada cosiendo. La luz caía sobre su cabello suave y delicado, que estaba

lleno de hebras de oro y de oro deslustrado y sombra. Ella no levantó la vista.

En silencio, él tendió su mano morena, pequeña y de aspecto desnudo, para pedir el muñeco. En su antebrazo había vellos negros.

Ella levantó la vista hacia él. Era curioso lo fresco y luminoso que parecía el rostro de ella en contraste con el de él.

—¿Quieres verlo? —preguntó ella, en un inglés natural.

—Sí —dijo él.

Ella rompió su hilo de algodón y le entregó la marioneta. Él se sentó con una pierna cruzada sobre la otra, sosteniendo el muñeco en una mano y sonriendo inescrutablemente con sus ojos oscuros. Su cabello, perfectamente partido a un lado, era negro azabache y brillante.

—Me has atrapado —dijo él por fin, con su voz divertida y melodiosa.

—¿Qué? —dijo ella.

—Me has atrapado —repitió él.

—No me importa —dijo ella.

—¿Qué? ¿Que no te importa? —Su rostro rompió en una sonrisa. Tenía una forma extraña de responder, como si solo prestara atención a medias, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Llegas muy tarde, ¿no? —aventuró ella.

—Sí. Llego bastante tarde.

—¿Por qué?

—Bueno, de hecho, estaba hablando con el coronel.

—¿Sobre mí?

—Sí. Era sobre ti.

Ella palideció mientras estaba sentada mirando hacia su rostro. Pero era imposible decir si había angustia en su frente oscura o no.

—¿Algo desagradable? —dijo ella.

— Bueno, sí. Fue bastante desagradable. No sobre ti, quiero decir. Pero bastante incómodo para mí.

Ella lo observó. Pero él seguía sin decir más.

— ¿Qué fue? — dijo ella.

— Oh, bueno... solo lo que esperaba. Parece que saben demasiado sobre ti... sobre ti y sobre mí, quiero decir. No es que a nadie le importe un bledo, ya sabes, extraoficialmente. El problema es que aparentemente van a tener que tomar nota oficial.

— ¿Por qué?

— Oh, bueno... parece que mi mujer ha estado escribiendo cartas al general de división. Es uno de sus conocidos familiares; la conoce de toda la vida. Y supongo que ella ha estado oyendo rumores. De hecho, sé que los ha oído. Lo dijo en su carta para mí.

— ¿Y qué le dices tú a ella entonces?

— Oh, le digo que estoy bien... que no se preocupe.

— No esperas que eso haga que deje de preocuparse, ¿verdad? — preguntó ella.

— Oh, no lo sé. ¿Por qué debería preocuparse? — dijo él.

— Creo que podría tener alguna razón — dijo Hannele—. No la has visto en un año. Y si te adora...

— Oh, no creo que me adore. Creo que le agrado bastante.

— ¿Crees que le importas tan poco?

— No veo por qué no. Por supuesto, le gusta sentirse segura respecto a mí.

— ¿Pero ahora no se siente segura?

— No, exactamente. Exactamente. Ese es el punto. Ahí es donde está el asunto. El coronel me aconseja ir a casa de permiso.

Se sentó contemplando con curiosos, brillantes y oscuros ojos invidentes al muñeco que sostenía por un brazo. Era un parecido extraordinario de sí

mismo, fiel incluso a la suave raya de su cabello y a su peculiar forma de fijar los ojos oscuros.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó ella.

—No lo sé. Por un mes —respondió él, primero vagamente, luego definitivamente.

—¡Por un mes! —Ella lo observó, y pareció verle desvanecerse de sus ojos.

—¿Y irás? —preguntó ella.

—No lo sé. No lo sé. —Su cabeza permaneció inclinada, parecía meditar bastante vagamente—. No lo sé —repitió—. No puedo decidir qué haré.

—¿Te gustaría ir? —preguntó ella.

Él levantó las cejas y la miró. El corazón de ella siempre se derretía cuando él la miraba directamente con sus ojos negros y esa curiosa, brillante mirada invidente que se parecía más a la segunda visión que a la visión humana directa. Ella nunca sabía lo que él veía cuando la miraba.

—No —dijo él sencillamente—. No quiero ir. No creo tener ningún deseo en absoluto de ir a Inglaterra.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—No sabría decirlo. —Luego la miró de nuevo, y una curiosa luz blanca pareció brillar en sus ojos, mientras sonreía lentamente con la boca, y dijo —: Supongo que tú deberías saberlo, si es que alguien lo sabe.

Una mirada alegre, medio asustada, asomó al rostro de ella.

—¿Quieres decir que no quieres dejarme? —preguntó ella, sin aliento.

—Sí. Supongo que eso es lo que quiero decir.

—¿Pero no estás seguro?

—Sí, lo estoy, estoy bastante seguro —dijo él, y la curiosa sonrisa persistió en su rostro, y la extraña luz brilló en sus ojos.

—¿De que no quieres dejarme? —balbuceó ella, desviando la mirada.

—Sí, estoy bastante seguro de que no quiero dejarte —repitió él.

Tenía una curiosa y muy melodiosa voz escocesa. Pero era la incomprensible sonrisa en su rostro lo que la convencía y la asustaba. Era casi una sonrisa de gárgola, una mueca extraña, acechante, que parecía inmutable.

Ella estaba asustada y apartó el rostro. Cuando lo miró de nuevo, la cara de él era como una máscara, con extrañas líneas profundamente grabadas, una piel oscura y brillante y una mirada fija, como tallada medio grotescamente en alguna piedra brillante. Su cabello negro sobre su cabeza suave y bellamente formada parecía inmutable.

—¿Estás algo cansado? —le preguntó ella.

—Sí, creo que lo estoy. —La miró con ojos negros e invidentes y un rostro como una máscara. Luego miró como si oyera algo. Entonces se levantó con la mano en su cinturón, diciendo—: Me quitaré el cinturón y me cambiaré la casaca, si no te importa.

Caminó por la habitación, desabrochando su ancho cinturón marrón. Iba vestido con caqui bien cortado y ajustado. Colgó el cinturón y volvió hacia ella con una vieja túnica ligera, que dejó desabrochada. Llevaba las zapatillas en una mano. Cuando se sentó para desabrocharse los zapatos, ella notó de nuevo cuán negro y velludo era su antebrazo, cuán desnuda parecía su mano morena. Su cabello estaba negro, liso y perfecto sobre su cabeza, como algún casco ajustado, mientras se agachaba.

Se puso las zapatillas, apartó los zapatos y volvió a ocupar su silla, estirándose lujosamente.

—Ahí —dijo—. Me siento mejor ahora. —Y la miró—. Bueno —dijo—, ¿y cómo estás tú?

—¿Yo? —dijo ella—. ¿Acaso importo? —Estaba bastante amargada.

—¿Si importas? —repitió él, sin notar su amargura—. ¡Vaya, qué pregunta! Por supuesto que eres de la más alta importancia. ¿Qué? ¿No lo eres? —Y sonriendo su curiosa sonrisa, que le hizo a ella pensar por un momento en la tristeza fija de los monos, de esos simios chinos tallados en esteatita, él puso su mano bajo la barbilla de ella y suavemente deslizó su dedo a lo largo de su mejilla. Ella se ruborizó profundamente.

—Pero no soy tan importante como tú, ¿verdad? —preguntó ella desafiante.

— ¡Tan importante como yo! Vaya, bendita seas, yo no soy importante ni un poco. ¡No soy importante ni un poco! — El extraño sonido errante de sus palabras la desconcertó. ¿Qué quería decir realmente?

— Y yo soy incluso menos importante que eso — dijo ella amargamente.

— Oh no, no lo eres. Oh no, no lo eres. Eres muy importante. Eres muy importante de verdad, te lo aseguro.

— ¿Y tu mujer? — la pregunta salió con rebeldía—. ¿Tu mujer? ¿No es ella importante?

— ¿Mi mujer? ¿Mi mujer? — Pareció dejar que la palabra se extraviara fuera de él como si no supiera muy bien qué significaba—. Vaya, sí, supongo que es importante en su propia esfera.

— ¿Qué esfera? — espetó Hannele, con una risa.

— Pues su propia esfera, por supuesto. Su propia casa, su propio hogar y sus dos hijos: esa es su esfera.

— ¿Y tú? ¿Dónde entras tú?

— Por el momento, yo no entro — dijo él.

— Pero, ¿no es ese justamente el problema? — dijo Hannele—. Si tienes una mujer y un hogar, es asunto tuyo pertenecer a él, ¿no?

— Sí, supongo que lo es, si quiero — respondió él.

— ¿Y tú quieres? — desafió ella.

— No, no quiero — respondió él.

— ¿Entonces? — dijo ella.

— Sí, totalmente — respondió él—. Admito que es un dilema.

— ¿Pero qué harás? — insistió ella.

— Vaya, no lo sé. Aún no lo sé. No he decidido qué voy a hacer.

— Entonces será mejor que empieces a decidirlo — dijo ella.

— Sí, lo sé. Lo sé.

Se levantó y comenzó a caminar inquieto arriba y abajo por la habitación. Pero la misma oscuridad vacante estaba en su frente. Tenía las manos en los

bolsillos. Hannele estaba sentada sintiéndose impotente. No podía evitar estar enamorada del hombre: de sus manos, de su extraño y fascinante físico, de su incalculable presencia. Amaba la forma en que él posaba los pies, amaba la forma en que movía las piernas al caminar, amaba el molde de sus caderas, amaba la forma en que dejaba caer un poco la cabeza, y la extraña y oscura vacante de su frente, su no-pensar. Pero ahora la inquietud solo la hacía infeliz. Nada saldría de ello. Sin embargo, ella le había empujado a ello.

Él sacó las manos de los bolsillos y volvió hacia ella como un trozo de hierro volviendo a un imán. Se sentó de nuevo frente a ella y le tendió las manos, mirándola a la cara.

— Dame tus manos — dijo suavemente, con ese tono extraño, sin mente, suave y sugerente que la dejaba impotente para desobedecer —. Dame tus manos y déjame sentir que estamos juntos. Las palabras significan tan poco. No significan nada. Y todo lo que uno piensa y planea no equivale a nada. Déjame sentir que estamos juntos, y no me importa todo lo demás.

Habló con su manera lenta y melodiosa, y cerró las manos de ella en las suyas. Ella luchó todavía por encontrar voz.

— Pero tendrás que importarte. Tendrás que decidirte. Simplemente tendrás que hacerlo — insistió ella.

— Sí, supongo que tendré. Supongo que tendré. Pero ahora que estamos juntos, no me molestaré. Ahora que estamos juntos, olvidémoslo.

— ¿Pero cuando ya no podamos olvidarlo más?

— Bueno... entonces no lo sé. Pero... esta noche... me parece... que bien podríamos olvidarlo.

El sonido suave, melodioso y errante de su voz la hacía sentirse indefensa. Sentía que él nunca le respondía. Las palabras de respuesta parecían extraviarse fuera de él, en la necesidad de decir algo. Pero él mismo nunca hablaba. Allí estaba él, un continuo silencio en blanco frente a ella.

Ella tuvo una batalla consigo misma. Cuando él puso su mano de nuevo en la mejilla de ella, suavemente, con el semitacto suave más extraordinario, como la pata de un gatito toca a veces a uno, como una pelusa de aire vivo, entonces, si no hubiera sido por la magia de esa caricia casi impercep-

tible de su mano, ella se habría tensado y apartado y le habría dicho que no podía tener nada que ver con él mientras fuera tan poco entusiasta e insatisfactorio. Quería decirle estas cosas. Pero cuando ella empezaba, él respondía invariablemente con la misma voz suave y errante, que parecía tejer hilos de telaraña sobre ella, de modo que no podía ni pensar ni actuar ni siquiera sentir con distinción. Su alma gemía con rebeldía dentro de ella. Y sin embargo, cuando él puso su mano suavemente bajo su barbilla, y le levantó el rostro y le sonrió con esa sonrisa de gárgola suya, ella dejó que la besara.

—¿En qué estás pensando esta noche? —dijo él—. ¿En qué estás pensando?

—¿Qué te dijo tu coronel, exactamente? —respondió ella, tratando de endurecer sus ojos.

—¡Oh, eso! —respondió él—. No te preocupes por eso. Eso no tiene significancia alguna.

—¿Pero qué es de alguna significancia? —insistió ella. Casi lo odiaba.

—¿Qué es de alguna significancia? Bueno, nada para mí, fuera de esta habitación en este minuto. Nada en el tiempo o el espacio me importa.

—Sí, ¡este minuto! —repitió ella amargamente—. Pero luego está el futuro. Yo tengo que vivir en el futuro.

—¡El futuro! ¡El futuro! El futuro se gasta cada día. El futuro para mí es como una gran maraña de hilo negro. Cada mañana empiezas a desenredar un cabo suelto, y ese es tu día. Y cada noche rompes y tiras lo que has desenredado, y el montón es mucho menor: solo un hilo menos, un día menos. Eso es todo lo que el futuro me importa.

—Entonces nada te importa. Y yo no te importo. Como dices, solo un cabo de hilo de desecho —se resistió ella.

—No, ahí te equivocas. Tú no eres el futuro para mí.

—¿Qué soy entonces? ¿El pasado?

—No, ninguna de esas cosas. No eres nada. En lo que a todo eso respecta, no eres nada.

—Gracias —dijo ella sarcásticamente—, si no soy nada.

Pero la irrelevancia misma del hombre la venció. Él la besó con besos medio discernibles, tenues, y le tocó la garganta. Y la falta de sentido de él la fascinaba y la dejaba impotente. No podía adscribirle ningún significado, ninguno en absoluto. Y sin embargo su boca, tan extraña al besar, y sus antebrazos velludos, y su pecho esbelto y hermoso con vello negro... todo era como un misterio para ella, como si uno de los hombres de Marte la estuviera amando. Y ella estaba pesada y hechizada, y amaba el hechizo que la ataba. Pero también no lo amaba.

## II

La condesa zu Rassentlow tenía un estudio en una de las calles principales. Era realmente una refugiada. Y hoy en día puedes ser un gran duque y un indigente, si eres un refugiado. Pero Hannele no era una indigente, porque ella y su amiga Mitchka tenían el estudio donde hacían estas muñecas, y hermosos cojines de lanas de colores bordadas, y objetos similares de arte femenino. Las muñecas eran bastante famosas, así que las dos mujeres no pasaban hambre.

Hannele no trabajaba mucho en el estudio. Prefería estar sola en su propia habitación, que era otra buena buhardilla, no tan grande como la del capitán, bajo el mismo techo. Pero a menudo iba al estudio por la tarde, y si venían compradores, entonces se les ofrecía una taza de té.

El muñeco Alexander nunca estuvo destinado a la venta. Qué hizo que Hannele lo llevara al estudio una tarde, no lo sabemos. Pero lo hizo, y lo puso sobre un pequeño escritorio. Era un pequeño retrato maravilloso de un oficial y caballero, el físico modelado de tal forma que te hacía contener el aliento.

— ¡Y eso... eso es genio! — gritó Mitchka—. ¡Eso es una chef d'oeuvre! Esa es tu obra maestra, Hannele. Eso es realmente maravilloso. ¡Y hermoso! Un hombre hermoso, ¡eh! Pero no, eso es demasiado real. No entiendo cómo te atreves. Siempre pensé que eras buena, Hannele, mucho mejor de naturaleza que yo. Pero ahora me asustas. Temo que eres malvada, ¿sabes? Me asusta pensar que eres malvada. ¡Aber nein! ¿Pero no lo dejarás ahí?

— ¿Por qué no? — dijo Hannele, satírica.

Mitchka puso grandes ojos oscuros de asombro, reproche y miedo.

— Pero no debes — dijo.

— ¿Por qué no?

— No, eso no puedes hacerlo. Amas al hombre.

— ¿Y qué?

— No puedes dejar su marioneta ahí parada.

— ¿Por qué no puedo?

— Pero eres realmente malvada. Du bist wirklich böse. ¡Solo piensa! Y él es un oficial inglés.

— No es sacrosanto ni siquiera entonces.

— Te expulsarán de la ciudad. Te deportarán.

— Que lo hagan, entonces.

— ¡Pero no! ¿Qué harás? Sería horrible si tuviéramos que ir a Berlín o a Múnich y empezar de nuevo. Aquí todo ha sucedido tan bien.

— No me importa — dijo Hannele.

Mitchka miró a su amiga y no dijo más. Pero estaba enfadada. Después de algún tiempo se volvió y pronunció su ultimátum.

— Cuando no estés ahí — dijo —, guardaré la marioneta en un cajón. No se la enseñaré a nadie, a nadie. Y debo decirte, me da miedo verla ahí. Me da miedo. Y no tienes derecho a meterme en problemas, ¿lo ves? No soy yo quien mira a los oficiales ingleses. No me gustan, son demasiado fríos y

acabados para mí. Nunca me buscaré problemas a mí misma por causa de los oficiales ingleses.

—No tengas miedo —dijo Hannele—. No te molestarán a ti. Saben todo lo que hacemos, bastante bien. Tienen sus espías en todas partes. Nada te pasará.

—Pero si te hacen irte... y yo me quedo plantada aquí con el estudio...

No sirvió de nada, sin embargo; Hannele era obstinada.

Así que, una tarde soleada sonó el timbre en la puerta: una damita de blanco, con un rostro arrugado que aún conservaba su belleza.

—¡Buenas tardes! —en un inglés de clase media bastante cursi y afectado—. Me pregunto si podría ver sus cosas en su estudio.

—¡Oh, sí! —dijo Mitchka—. Por favor, entre.

Entró la damita con sus galas y su belleza arrugada. No sería muy vieja: quizá menos de cincuenta. Y era extraño que su rostro se hubiera arrugado tanto, porque su figura era muy esbelta, sus ojos eran brillantes y tenía unos dientes bonitos cuando reía. Iba muy fina con su ropa: un vestido de gruesa seda blanca de punto, una gran bufanda de armiño con las colas solo en los extremos, y un sombrero negro sobre el cual goteaba un rastro de plumas verdes del tipo del águila pescadora. Llevaba bastantes joyas, y dos brazaletes tintineaban sobre sus guantes de cabritilla blanca mientras levantaba los dedos para tocarse el pelo, mientras permanecía complacida y miraba alrededor.

—Tienen un estudio encantador ... encantador... ¡perfectamente delicioso! No podría imaginar nada más delicioso.

Mitchka hizo una ligera reverencia irónica y dijo en su extraño y plañidero inglés:

—Oh, sí. A nosotras nos gusta mucho también.

Hannele, que se había escabullido tras un biombo, salió ahora rápidamente.

—¡Oh, cómo está usted! —sonrió la dama de cierta edad—. Oí que eran dos. Ahora, ¿cuál es cuál, si puedo ser tan atrevida? Esta... —y dedicó una

sonrisa encantadora y señaló con un dedo de cabritilla blanca a Mitchka—  
¿es la...?

—Annamaria von Prielau-Carolath —dijo Mitchka, inclinándose ligeramente.

—¡Oh! —y el dedo de cabritilla blanca se apartó de un tirón—. Entonces esta...

—Johanna zu Rassentlow —dijo Hannele, sonriendo.

—¡Ah, sí! ¡Condesa von Rassentlow! Y esta es la Baronesa von... von... pero nunca me acordaré aunque me lo digan, porque soy espantosa para los nombres. De todos modos, llamaré a una Condesa y a la otra Baronesa. Eso servirá, ¿no es así?, para mi pobre persona. Ahora me gustaría terriblemente ver sus cosas, si puedo. Quiero comprar un regalito para llevar de vuelta a Inglaterra conmigo. Supongo que no tendré que pagar el mundo en aduanas por cosas como estas, ¿verdad?

—Oh, no —dijo Mitchka—. Aduanas no. Juguetes, ya sabe, ellos... hay... —Su inglés tartamudeó hasta el final, así que se volvió hacia Hannele.

—No cobran aranceles por los juguetes, y los bordados no los notan —dijo Hannele.

—Oh, bueno. Entonces estoy bien —dijo la visitante—. ¡Espero poder comprar algo realmente bonito! Veo un jersey perfectamente adorable allí, perfectamente delicioso. Pero un poco demasiado alegre para mí, me temo. No soy tan joven como antes, por desgracia. —Sonrió su pequeña sonrisa encantadora, mostrando sus bonitos dientes, y las viejas perlas en sus orejas se agitaron.

—He oído tanto sobre sus muñecas. Oigo que son perfectamente exquisitas, verdaderas obras de arte. ¿Podría ver algunas, por favor?

—Oh, sí —llegó la respuesta invariable de Mitchka, siendo esta exclamación la piedra fundacional de todo su inglés.

Nunca había más de tres o cuatro muñecas en existencias. Esta vez solo había dos. El famoso capitán estaba escondido en su cajón.

—¡Perfectamente hermosas! ¡Perfectamente maravillosas! —murmuró la damita, en un murmullo artístico—. Creo que son perfectamente deliciosas.

Es maravilloso por su parte, Condesa, hacerlas. Es usted quien las hace, ¿no es así? ¿O las hacen ambas juntas?

Hannele explicó, y la inspección y la rapsodia continuaron juntas. Pero era evidente que la damita era una compradora cauta. Revisó las cosas con mucho cuidado y se lo pensó más de dos veces. Las muñecas le atraían, pero le parecían caras y vacilaba.

—Desearía de verdad —dijo con nostalgia— que hubiera habido una selección más grande de las muñecas. Siento, ya sabe, que podría haber habido una que me encantara. Por supuesto estas son queridas, queridas que son: y valen cada penique, considerando el trabajo que hay en ellas. Y el arte, por supuesto. Pero tengo la sensación, ¿no sabe cómo es?, de que si hubiera habido solo una o dos más, habría encontrado una sin la cual absolutamente no podría vivir. ¿No sabe cómo es? Una es tan tonta, por supuesto. ¿Qué dice Goethe?: «Dort wo du nicht bist ...»? Mi alemán no es ni un comienzo, así que debe disculparlo. Pero significa que siempre sientes que serías feliz en otro lugar, y no justo donde estás. ¿No es eso? Ah, bueno, es tan a menudo cierto... tan a menudo. Pero no siempre, gracias a Dios. —Sonrió una extraña y pequeña sonrisa para sí misma, frunció los labios y reanudó—: Bueno, así es como me siento con las muñecas. Si tan solo hubiera habido una o dos más. ¿No hay ni una sola?

Miró de forma encantadora a Hannele.

—Sí —dijo Hannele—, hay una. Pero está encargada. No está a la venta.

—Oh, ¿cree que podría verla? Estoy segura de que es adorable. Oh, me muero por verla. Ya sabe lo que es la curiosidad de una mujer, ¿no? —rió su tintineante risita—. Bueno, me temo que soy toda mujer, desafortunadamente. Una es mucho más dura si tiene un toque de hombre en sí misma, ¿no cree?, y más capaz de soportar las cosas. Pero me temo que soy toda mujer. —Suspiró y guardó silencio.

Hannele fue tranquilamente al cajón y sacó al capitán. Se lo entregó a la mujerzuela. Esta última pareció asustada. Sus ojos se volvieron redondos e infantiles, su rostro se puso amarillento. Sus joyas tintinearón nerviosamente mientras balbuceaba:

—Pero ese ... ¿no es ese...? —y soltó una risita, una risa histérica.

Se dio la vuelta, como para escapar.

—¿Le importa si me siento? —dijo—. Creo que el estar de pie... —y se dejó caer en una silla. Mantuvo el rostro desviado. Pero sujetaba la marioneta con fuerza, sus dedos pequeños y blancos con sus pesados anillos de joyas cerrados alrededor de la cintura de él.

—Sabe —se precipitó Mitchka, que estaba aterrorizada—. Sabe, esa es una imagen del natural de uno de los ingleses, de un caballero, ya sabe. Una imagen del natural, ya sabe.

—Un retrato —dijo Hannele alegremente.

—Sí —murmuró la visitante vagamente—. Estoy segura de que lo es. Estoy segura de que es un retrato muy inteligente de verdad.

Manióbró con una cadena y se puso unos pequeños impertinentes de oro ante los ojos, como para protegerse. Y desde detrás de la pantalla de sus impertinentes escrutó la imagen en su mano.

—Pero —dijo—, ninguno de los oficiales ingleses, o mejor dicho escoceses, lleva ya los pantalones de tartán ajustados... excepto para disfraces.

Su voz era vaga y distante.

—No, ahora no —dijo Hannele—. Pero esa es la vestimenta correcta. Creo que son tan apuestos, ¿no cree usted?

—Bueno. No lo sé. Depende —y la mujerzuela rio temblorosamente.

—Oh, sí —dijo Hannele—. Requiere piernas bien formadas.

—Tales como las que el original de su muñeco debe haber tenido... totalmente —dijo la dama.

—Oh, sí —dijo Hannele—. Creo que sus piernas son muy hermosas.

—¡Totalmente! —dijo la dama—. A juzgar por su retrato, como usted lo llama. ¿Puedo preguntar el nombre del caballero, si no es demasiado indiscreto?

—Capitán Hepburn —dijo Hannele.

—Sí, por supuesto que lo es. Lo conocí de inmediato. Lo conozco desde hace muchos años.

—Oh, por favor —interrumpió Mitchka—. ¡Oh, por favor, no le diga que lo ha visto! ¡Oh, por favor! ¡Por favor, no se lo diga a nadie!

La visitante levantó la vista con una pequeña sonrisa gris.

—¿Pero por qué no? —dijo—. De todos modos, no puedo decírselo de inmediato, porque oigo que está fuera actualmente. ¿No sabrán por casualidad cuándo volverá?

—Creo que mañana —dijo Hannele.

—¡Mañana!

—¡Y por favor! —suplicó Mitchka, que parecía encantadora en su angustia suplicante—, por favor, no diga a nadie que lo ha visto.

—¿Debo prometerlo? —sonrió la damita palidamente—. Muy bien, entonces, no le diré que lo he visto. Y ahora creo que debo irme. Sí, me llevaré la funda del cojín, gracias. Dígame otra vez cuánto es, por favor.

Esa noche Hannele estaba inquieta. Él había estado fuera por algún deber durante tres días. Regresaba esa noche; debería haber vuelto a tiempo para la cena. Pero no había llegado, y su habitación estaba cerrada a llave y a oscuras. Hannele había oído a la sirvienta encender la estufa hacía unas horas. Ahora la habitación estaba cerrada y en blanco como había estado durante tres días.

Hannele estaba sumamente intranquila porque parecía haberlo olvidado en los tres días mientras él había estado fuera. Él parecía haber desaparecido completamente de ella. Apenas podía siquiera recordarlo. Él se había vuelto tan insignificante para ella que estaba aturdida.

Ahora quería verlo de nuevo, saber si era realmente así. Sentía que él venía. Sentía que él ya estaba emitiendo alguna influencia hacia ella. ¿Pero qué? ¿Y era él real? ¿Por qué había hecho ella su muñeco? ¿Por qué su muñeco había sido tan importante, si él no era nada? ¿Por qué se lo había enseñado a esa curiosa mujerzuela esta tarde? ¿Por qué era ella misma tan tonta, metiéndose en enredos en este lugar donde era tan desagradable estar enredada? ¿Por qué estaba enredada, después de todo? Todo era tan irreal. Y particularmente él era irreal: tan irreal como una persona en un sueño, de quien uno nunca ha oído hablar en la vida real. En la vida real, sus propios amigos alemanes eran reales. Martin era real: los hombres alemanes eran reales para ella. Pero este otro, él simplemente no estaba allí. Realmente no existía. Era un nullus, en realidad. Un nullus, y ella de algún modo se había complicado con él.

¿Era posible? ¿Era posible que ella hubiera estado tan estrechamente enredada con una absoluta nada? Ahora que él estaba ausente, ella ni siquiera podía imaginarlo. Él había salido de su imaginación, e incluso cuando miraba su muñeco no veía nada más que una marioneta estéril. Y sin embargo, por esta marioneta muerta ella se había estado comprometiendo, ahora, cuando era tan arriesgado para ella estar comprometida.

Sus propios amigos alemanes —sus propios hombres alemanes— eran hombres, eran seres reales. Pero este oficial inglés, no era ni chicha ni limonada, como dicen. Era solo una presencia hipotética. Ella sentía que si él nunca regresaba, ella estaría igual que si hubiera leído una historia bastante peculiar pero falsa, un *tour de force* que estimula la imaginación de uno todo falsamente.

No obstante, estaba inquieta. Tenía una sospecha latente de que podría haber algo más. Así que seguía saliendo inquieta al rellano, y escuchando para oír si él podía estar viniendo.

Sí... había un sonido. Sí, estaban sus pasos lentos en las escaleras, y el lento y errante ronroneo de su voz. E instantáneamente ella oyó la voz de él, tuvo miedo de nuevo. Sabía que había algo allí. E instantáneamente sintió la realidad de la presencia de él, sintió la irrealidad de sus propios amigos hombres alemanes. En el momento en que oyó la peculiar melodía lenta de su voz extranjera, todo pareció cambiar en ella, y Martin y Otto y Albrecht, sus amigos alemanes, parecieron volverse pálidos y tenues como si casi pudiera ver a través de ellos, como cosas insustanciales.

Esto era con lo que tenía que lidiar, este retroceso de uno al otro. Cuando él estaba presente, parecía tan terriblemente real. Cuando estaba ausente era completamente vago, y sus propios hombres de su propia raza parecían tan absolutamente la única realidad.

Pero él estaba hablando. ¿Con quién estaba hablando? Ella oyó los pasos resonar en los huecos de la escalera de piedra lentamente, como con cansancio, y voces mezclarse lentamente, confusamente. El rastro lento y suave de la voz de él... y luego los tonos peculiares y rápidos... sí, de una mujer. Y no una de las criadas, porque hablaban inglés. Ella escuchó con atención. La voz rápida, y sin embargo ligeramente callada, ligeramente triste, de una mujer que habla mucho, como si hablara consigo misma. Los oídos rápidos de Hannele captaron el sonido de lo que ella decía:

— Sí, me pareció que la Baronesa era una criatura perfectamente hermosa, perfectamente adorable. Pero tan extraordinariamente parecida a una española. ¿Recuerdas, Alec, en Málaga? Siempre pensé que te fascinaban entonces, con sus mantillas. Perfectamente adorable se vería ella con una mantilla. Solo que quizá es demasiado abierta de corazón, demasiado impulsiva, pobre cosa. Carece de la reserva española. Pobre cosa, siento pena por ella. Por ambas, de hecho. Debe ser muy duro tener que hacer estas cosas para ganarse la vida, después de haber estado acostumbrada a que te mimen por ti misma, y por tu título aristocrático. Es muy duro para ellas, pobres cosas. Baronesa, Condesa, suena solo un poco ridículo, cuando les estás comprando bordados de lana a ellas. Pero supongo, pobres cosas, que no pueden evitarlo. Mejor dejar los títulos por completo, creo...

— Bueno, lo hacen, si la gente se lo permite. Solo que a la gente inglesa y americana le resulta mucho más fácil decir Baronesa o Condesa que Fräulein von Prielau-Carolath, o lo que sea.

— Podrían decir simplemente Fräulein, como hacemos con nuestras institutrices... o como solíamos hacer, cuando teníamos institutrices alemanas — llegó la voz de ella.

— Sí, podríamos — dijo la voz de él.

— Después de todo, ¿de qué sirven, de qué sirven los títulos si tienes que vender muñecas y bordados de lana... no tan hermosos, tampoco?

— ¡Oh, totalmente! ¡Oh, totalmente! Creo que los títulos son quizá un error, de todos modos. Pero siempre los han tenido — llegó la voz lenta y musical de él, con su nota cantarina de desesperada indiferencia. Sonaba más bien como un hombre hablando desde su sueño.

Hannele vislumbró la cola de plumas de grulla azul verdosas virando en una vuelta de la escalera muy abajo, y se batió en una retirada apresurada.

### III

Había una pequeña plataforma fuera, en el tejado, donde él solía colocar a veces su telescopio y observar las estrellas o la luna: la luna cuando era posible. No era una plataforma muy segura, solo una pequeña cornisa del tejado, fuera de la ventana al final del pasillo superior; o más bien, el rellano superior, pues era solo el espacio entre las buhardillas. Hannele tenía la única habitación abuhardillada en la parte trasera; él tenía la habitación que hemos visto y un pequeño dormitorio que en realidad era solo un trastero. Antes de que él llegara, Hannele había estado sola bajo el tejado. Las habitaciones de él eran entonces trastero y lavadero, donde se secaba la ropa. Pero él había querido estar en lo alto, a causa de sus estrellas, y este era el lugar que le complacía.

Hannele le oyó bastante tarde en la noche, deambulando. Le oyó también en la cornisa de fuera. No podía dormir. Él la perturbaba. La luna había salido, grande y brillante en el cielo. Oyó las campanas de la catedral dar lentamente las dos: dos grandes gotas de sonido en la noche lívida. Y de nuevo, desde fuera en el tejado, le oyó carraspear. Luego aulló un gato.

Ella se levantó, se envolvió en una capa oscura y bajó por el rellano hasta la ventana del final. El cielo exterior estaba lleno de luz de luna. Él estaba agazapado como un gran gato escrutando por su telescopio, sentado en un taburete, con las rodillas muy separadas. Completamente inmóvil, permanecía sentado en esa actitud, como alguna figura de plomo en el tejado. La luz de la luna brillaba con un resplandor de plumbagina sobre la gran pendiente de tejas negras. Ella se quedó quieta en la ventana, observando. Y él permaneció fijo e inmóvil en el extremo del telescopio.

Ella golpeó suavemente el cristal de la ventana. Él miró hacia atrás, como algún gato macho mirando alrededor con grandes ojos nocturnos. Luego bajó la mano y abrió la ventana de un tirón.

—Hola —dijo tranquilamente—. ¿No estás dormida?

—¿No estás tú cansado? —respondió ella, algo resentida.

—No, estaba tan despierto como podría estarlo. ¡Qué hermosa está la luna esta noche! ¿Eh? Perfectamente asombrosa. ¿No te gustaría subir y echarle un vistazo?

—No, gracias —dijo ella apresuradamente, aterrorizada ante la idea.

Él reanudó su postura, escrutando por el telescopio.

—Perfectamente asombrosa —dijo, murmurando.

Ella esperó durante algún tiempo, hechizada igualmente por la gran luna de octubre y el cielo lleno de resplandeciente luz verde blanquecina. Parecía otro tipo de día. ¡Y allí estaba él a horcajadas sobre el tejado como algún gato! Era exactamente como el día en algún otro planeta.

Al fin él se volvió hacia ella. Su rostro brillaba débilmente, y sus ojos estaban dilatados como los de un gato por la noche.

—¿Sabes que tuve una visita? —dijo.

—Sí.

—Mi mujer.

—¡Tu mujer! —Ella levantó la vista realmente asombrada. Había pensado que podía ser una conocida, tal vez su tía, o incluso una hermana mayor —. Pero ella es años mayor que tú —añadió.

—Ocho años —dijo él—. Yo tengo cuarenta y uno.

Hubo un silencio.

—Sí —meditó él—. Llegó de repente, por sorpresa, ayer, y me encontró fuera. Se aloja en el hotel, en el Vier Jahreszeiten.

Hubo una pausa.

—¿No vas a quedarte con ella? —preguntó Hannele.

—Sí, probablemente me reuniré con ella mañana.

Hubo una pausa aún más larga.

—¿Por qué no esta noche? —preguntó Hannele.

—Oh, bueno... lo pospuse por esta noche. Significaba toda la molestia de que mi mujer cambiara su habitación en el hotel, y era tarde, y yo estaba todo sucio después de viajar.

—¿Pero irás mañana?

—Sí, iré mañana. Por una semana más o menos. Después de eso no estoy seguro de qué pasará.

Hubo una pausa bastante larga. Él permaneció sentado en su taburete en el tejado, mirando con ojos negros, dilatados y vacíos hacia la nada. Ella permanecía abajo en el hueco de la ventana abierta, reflexionando.

—¿Quieres ir con ella al hotel? —preguntó Hannele.

—Bueno, no particularmente. Pero no me importa, de verdad. Somos muy buenos amigos. Vaya, hemos sido amigos durante dieciocho años; llevamos casados diecisiete. Oh, es una mujercita agradable. No quiero herir sus sentimientos. No le deseo ningún mal, sabes. Al contrario, le deseo todo el bien del mundo.

Él no tenía idea del absoluto asombro con el que Hannele escuchaba estas observaciones dispersas.

—Pero... —balbuceó ella—. ¿Pero no espera ella que le hagas el amor?

—Oh, sí, espera eso. Puedes apostar a que sí: propio de una mujer.

—¿Y tú? —la pregunta tenía un matiz peligroso.

—Vaya, no me importa, de verdad, sabes, si es solo por poco tiempo. Estoy acostumbrado a ella. Siempre le he tenido cariño, ya sabes; y así que si le da algún placer... vaya, me gusta que obtenga de la vida el placer que pueda.

—Pero tú... ¡tú mismo! ¿Tú no sientes nada?

El asombro de Hannele estaba llegando al punto de la incredulidad. Empezaba a sentir que él se lo estaba inventando. Todo era tan diferente de su propio punto de vista. Sentarse allí tan tranquilo y hacer tales declaraciones con total buena fe: no, era imposible.

—No considero que yo cuente —dijo él ingenuamente.

Hannele miró hacia un lado. Si eso no era mentir, era imbecilidad, o peor. Por el momento no tenía nada que decir. Sentía que él era una especie de fenómeno psíquico como un saltamontes o un renacuajo o un amonites. No para ser considerado desde un punto de vista humano. No, él simplemente no era normal. ¡Y ella había estado fascinada por él! Fue solo pura curiosidad asombrada lo que la llevó a su siguiente pregunta.

—¿Pero entonces nunca cuentas? —preguntó ella, y había un toque de burla, de risa en su tono. Él no se ofendió.

—Bueno... muy raramente —dijo—. Cuento muy raramente. Así es como se me aparece la vida. Uno importa tan muy poco.

Ella se sintió bastante mareada de asombro. ¡Y él se llamaba a sí mismo un hombre!

—Pero si importas tan poco, ¿para qué haces nada en absoluto? —preguntó ella.

—Oh, uno tiene que hacerlo. Y entonces, ¿por qué no? Por qué no hacer cosas, incluso si uno mismo apenas importa. Mira la luna. A la luna no le importa en lo más mínimo si yo existo o si no. Así que, ¿por qué debería importarme a mí?

Tras una pausa en blanco de incredulidad, ella dijo:

—Podría morirme de risa. Me parece todo tan ridículo... no, no puedo creerlo.

—Quizá es un punto de vista —dijo él.

Hubo un largo silencio preñado de significado: no nos gustaría decir preñado de qué.

—¿Y así que yo no significo nada en absoluto para ti? —dijo ella.

—No he dicho eso —respondió él.

—Nada significa nada para ti —desafió ella.

—No digo eso.

—Ya sea tu mujer, o yo, o la luna... toute la même chose.

—No, no... esa difícilmente es la forma de verlo.

Ella le miró con tal total asombro que sintió que algo estallaría realmente en ella si oía otra palabra. ¿Era esto un hombre?, ¿o qué era? Era demasiado para ella, eso era todo.

—Bueno, adiós —dijo—. Espero que pases un buen rato en el Vier Jahreszeiten.

Así que le dejó todavía sentado en el tejado.

—Supongo —se dijo a sí misma— que eso es el amor à l'anglaise . Pero es más de lo que puedo tragar.

## IV

—¿No quiere venir a tomar el té conmigo? ¡Hágalo! Venga ahora mismo. ¿No le parece que hace un frío atroz? Sí, bueno, entre conmigo y tomaremos una taza de té rico y caliente en nuestra salita de estar. El tiempo cambia tan repentinamente, y realmente una necesita un pequeño refuerzo. ¿Pero tal vez usted no toma té?

—Oh, sí. Me acostumbré mucho en Inglaterra —dijo Hannele.

—¿De veras! Bueno, ¿estuvo mucho tiempo en Inglaterra?

—Oh, sí...

Las dos mujeres se habían encontrado en la Domplatz. La señora Hepburn se parecía extraordinariamente a una de las muñecas de Hannele, con una curiosa capa pequeña de extrañas pieles a rayas, una faldita verde oscuro y una especie de sombrero bastante velludo. Hannele parecía casi enorme a su lado.

—Pero ahora entrará y tomará el té, ¿verdad? Oh, por favor, hágalo. No importa si es de rigueur o no. Yo siempre me complazco a mí misma en lo que hago. Me temo que mi marido se lleva algunos sustos a veces, pero eso no podemos evitarlo. No voy a permitir que nadie me imponga su ley. —Rio con su risita cautivadora—. Así que venga, vamos adentro, y veremos si no hay también scones calientes. Me encanta un scone caliente para el té cuando hace frío. Y espero que a usted también. Eso es, si es que hay alguno. Aún no lo sabemos. —Tintineó su risita—. Mi marido puede estar o no estar. Pero eso no supone ninguna diferencia para usted y para mí, ¿verdad? Vaya, acaban de dar las cuatro y media. En Inglaterra, siempre tomamos el té a las y media. Mi marido adora su té. No creo que nuestro hombre se desvíe cinco minutos de la media, tocando el gong para el té, ni una vez en doce meses. A mi marido no le importa en absoluto si la cena se retrasa un poco. Pero se pone... bastante... bueno, bastante «cascarrabias» si el té se retrasa. —Tintineó una risa—. Aunque no debería decir eso. Él es el

alma de la bondad y la paciencia. No creo haberle conocido hacer nunca algo desagradable, o apenas decir una palabra desagradable. Pero dudo que esté hoy.

Estaba, sin embargo, de pie con los pies separados y las manos en los bolsillos del pantalón en la pequeña salita de estar arriba en el hotel. Arqueó las cejas en el grado más ínfimo al ver entrar a Hannele.

— ¡Ah, condesa Hannele! ¡Mi mujer la ha traído! ¡Muy bien, muy bien! Déjeme tomar su capa. Oh, sí, ciertamente...

— ¿Has pedido el té, querido? — preguntó la señora Hepburn.

— Eh... sí. Dije que en cuanto entrarais debían traerlo.

— Sí, bueno. ¿No llamarás de nuevo, querido, y dirás que para tres?

— Sí, ciertamente. Ciertamente.

Llamó al servicio, y se quedó de pie con las manos en los bolsillos esperando el té.

— Bueno — dijo la señora Hepburn, mientras levantaba la tetera, y sus brazaletes tintineaban, y sus enormes anillos de brillantes centelleaban, y sus grandes pendientes de racimos de aljófara se balanceaban contra su mejilla bastante marchita—, ¿no es encantador por parte de la condesa zu... Condesa zu...?

— Rassentlow — dijo él—. Creo que la mayoría de la gente dice condesa Hannele. Sé que nosotros siempre lo hacemos entre nosotros. Decimos la tienda de la condesa Hannele.

— ¡La tienda de la condesa Hannele! Vaya, no es eso perfectamente delicioso: tal romance en el sonido mismo. ¿Toma crema?

— Gracias — dijo Hannele.

El té transcurrió en una nube de charla, mientras la señora Hepburn manipulaba la tetera, encendía la llama de alcohol, la apagaba, miraba dentro del vapor de la tetera y no podía ver si había más té o no, y: «En casa sé — iba a decir hasta la cucharadita— cuánto té hay en la tetera. Pero esta tetera... no sé de qué está hecha... no es de plata, eso lo sé... es tan pesada en sí misma que ya me ha engañado varias veces. Y mi marido es un hombre codicioso, un hombre codicioso: le gustan al menos tres tazas, ¡y cuatro si

puede conseguir las, o cinco! Sí, querido, tengo mucho té hoy. Tendrás incluso cinco, si no te importan las dos últimas flojas. Permítame llenarle la taza, condesa Hannele. Creo que es un nombre encantador ».

— Hay una obra de teatro llamada Hannele , ¿no es así? — dijo él.

Cuando hubo tomado sus cinco tazas, y su mujer tuvo su cigarrillo encaramado en el extremo de una boquilla blanca, larga, larga y delgada, y echaba humo como una pequeña china desde la distancia, hubo un pequeño momento de calma.

— Alec, querido — dijo la señora Hepburn — . No olvidarás dejar ese recado de mi parte en casa de la señora Rackham. Tengo tanto miedo de que se olvide.

— No, querida, no lo olvidaré. Eh... ¿te gustaría que me pasara ahora?

Hannele notó cuán a menudo decía él «eh» cuando empezaba a hablar con su mujer. Pero eran tan buenos amigos los dos.

— Vaya, si lo hicieras, querido, me sentiría perfectamente tranquila. Pero no quiero que te apresures ni un poco.

— Oh, igual da que vaya ahora.

Y se fue. La señora Hepburn retuvo a su invitada.

— Es tan encantador conmigo — dijo la mujercita — . Es realmente maravilloso. Y siempre ha sido el mismo, invariablemente. De modo que si cometiera un pequeño desliz... bueno, ya sabe, no tengo por qué tomármelo tan en serio.

— No — dijo Hannele, sintiendo como si sus orejas se estiraran de asombro.

— Es la guerra. Es simplemente la guerra. Ha tenido un efecto terriblemente deteriorante en los hombres.

— ¿En qué sentido? — dijo Hannele.

— Vaya, moralmente. Realmente, apenas queda un hombre igual que era antes de la guerra. Terriblemente degenerados.

— ¿Es así? — dijo Hannele.

—Lo es, de hecho. Vaya, ¿no es lo mismo con los hombres y oficiales alemanes?

—Sí, creo que sí —dijo Hannele.

—Y estoy segura de ello, por lo que oigo. Pero por supuesto son las mujeres quienes tienen la culpa en primer lugar. ¡Nosotras, pobres mujeres! Somos una raza culpable, me temo. Pero nunca tiro piedras. Sé lo que es tener tentaciones yo misma. Tengo que coquetear un poco... y cuando era más joven... bueno, los hombres no se me escapaban, se lo aseguro. Y muy a menudo me chamusqué. Pero nunca del todo quemada. A mi marido nunca le importó. Él sabía que yo estaba realmente segura. Oh, sí, siempre le he sido fiel. Pero aun así... he estado muy cerca de la llama. —Y rio su risita cautivadora.

Hannele se llevó los dedos a las orejas para asegurarse de que no se le estaban cayendo.

—Por supuesto, durante la guerra fue terrible. Sé que en cierto hospital era completamente imposible que una chica se quedara si se mantenía recta. Las matronas y las hermanas simplemente la echaban. No la querían a menos que fuera una de ellas. Y ya sabe lo que eso significa. Bastante parecido al convento en la historia de Balzac... sabe a cuál me refiero, estoy segura. —Y la risa tintineó alegremente—. Pero entonces, ¿qué puede esperar, cuando no hay suficientes hombres para todas! Vaya, tenía una amiga en Irlanda. Ella y su marido habían sido una pareja ideal, una pareja ideal. Verdaderos compañeros de juegos. Y no se puede decir más que eso, ¿verdad? Bueno, entonces, él se hizo mayor durante la guerra. Y ella estaba esperando con tanta ilusión, pobre cosa, los momentos perfectamente adorables que pasarían juntos cuando él volviera a casa. Ella es como yo, y tiene la suerte de tener una pequeña renta propia, no una gran fortuna, pero... bueno... Bueno, ¿qué iba a decir? Oh, sí, ella estaba esperando con ilusión los momentos perfectamente adorables que pasarían cuando él volviera a casa: construyendo sobre sus sueños, pobre cosa, como hacemos nosotras las mujeres desafortunadas. Supongo que nunca nos curaremos de ello. —Una risita tintineante—. Bueno, nada de eso. Nada de eso. —La señora Hepburn levantó su manita pesadamente enojada en un gesto de protesta. Era curioso, sus manos eran bonitas y blancas, y su cuello y su pecho, ahora que llevaba una bata de té, eran también lisos y blancos y bonitos, bajo la mez-

cla de cadenitas centelleantes y joyas de colores. ¡Por qué su cara le había jugado esa mala pasada de arrugarse toda! Sin embargo, así era—. Ni un poco de eso —reiteró la damita—. Él volvió a casa completamente cambiado. Ella dijo que apenas podía reconocerlo como el mismo hombre. Déjeme contarle un pequeño incidente. Solo una nadería, pero significativa. Él volvía a casa —esto fue algún tiempo después de quedar libre del ejército—, volvía a casa desde Londres, y le dijo a ella que fuera a buscarle al barco: le dio la hora y todo. Bueno, ella fue al barco, pobre cosa, y él no llegó. Ella esperó, y ni una palabra de explicación ni nada. Así que no podía decidir si ir al día siguiente y esperar al barco de nuevo. Sin embargo, decidió que no lo haría. Así que, por supuesto, en ese barco llegó él. Cuando llegó a casa, le dijo a ella: «¿Por qué no fuiste a esperar al barco?». «Bueno —dijo ella—, fui ayer y no viniste». «¿Entonces por qué no fuiste a esperarlo otra vez hoy?». Imagínelo, ¿qué descaro! Y habían sido verdaderos compañeros de juegos. Desgarrador, ¿verdad? «Bueno —dijo ella en defensa propia—, ¿por qué no viniste ayer?». «Oh —dijo él—, conocí a una mujer en la ciudad que me gustó, y me pidió que pasara la noche con ella, así que lo hice». Ahora, ¿qué piensa de eso? ¿Puede concebir tal cosa?

—Oh, no —dijo Hannele—. A eso lo llamo brutalidad innecesaria.

—¡Exactamente! ¡Tan terrible decirle tal cosa a ella! ¡La brutalidad de ello! Bueno, así es el mundo hoy. Doy gracias de que mi marido no sea de esa clase. No digo que sea perfecto. Pero, hiciera lo que hiciera, nunca sería desagradable, y no podría ser brutal. Simplemente no podría. Nunca me diría una mentira, eso lo sé. Pero brutalidad insensible, no, gracias a Dios, no tiene ni una chispa de ello. Yo soy la malvada, si alguno de nosotros es malvado. —La risita tintineó—. Oh, pero él ha sido perfecto conmigo, perfecto. Apenas una palabra cruzada. Vaya, en nuestra noche de bodas, se arrodilló frente a mí y prometió, con la ayuda de Dios, hacer mi vida feliz. Y debo decir, en la medida de lo posible, ha mantenido su palabra. Ha sido su único objetivo en la vida, hacer mi vida feliz.

La damita miró hacia otro lado con una mirada brillante y meditativa hacia la ventana. Estaba siendo una heroína en un romance. Hannele podía verla siendo una heroína, interpretando el papel principal en el romance de su propia vida. Es una ocupación tan femenina, que ninguna mujer se ofende cuando la hacen audiencia.

—Me temo que tengo más de mujer que de madre en mi composición — reanudó la pequeña heroína—. Adoro a mis dos hijos. El chico está en Winchester, y mi niña está en un convento en Bretaña. Oh, son perfectos encantos, ambos. Pero el hombre es lo primero en mi mente, me temo. Temo ser bastante chapada a la antigua. Pero no importa. Puedo ver los atractivos en otros hombres, ¡vaya si puedo! Había una criatura perfectamente exquisita... era un ingeniero muy inteligente... pero mucho, mucho más que eso. Pero no importa. —La pequeña heroína olfateó como si hubiera perfume en el aire, cruzó sus manos enjoyadas y reanudó—: Sin embargo... sé lo que es yo misma revolotear alrededor de la llama. Sabe que soy irlandesa, y los irlandeses no podemos evitarlo. Oh, no sería inglesa por nada. Solo ese pequeño toque de imaginación, ya sabe... —La risita tintineó—. Y eso es lo que me hace capaz de simpatizar con mi marido incluso cuando, quizá, no debería. Vaya, cuando estaba en casa conmigo, nunca dedicaba un pensamiento, ni un pensamiento a otra mujer. Debo decir que solía hacerme sentir un poco culpable a veces. ¡Pero vamos! No creo que pensara nunca en otra mujer como de carne y hueso, después de conocerme a mí. Yo me daba cuenta. Agradable, cortés, encantador... pero las otras mujeres no eran de carne y hueso para él, eran solo gente, visitas... esa clase de cosas. Solía asombrarme, cuando venía alguna criatura perfectamente encantadora, de quien yo me habría enamorado perdidamente en un minuto; y él, él era encantador, delicioso; podía ver sus puntos buenos, pero ella no era más para él que, permítame decir, una maceta de claveles o una hermosa pieza antigua de punto di Milano. No carne y hueso. Bueno, quizá una puede sentirse demasiado segura. Quizá una necesita una pizca de sal de celos. Creo que sí. Y no he tenido un momento de celos en diecisiete años. De modo que, realmente, cuando oí un susurro de que algo pasaba aquí, me sentí casi complacida. Me sentí exonerada de mis propios pequeños pecadillos, por una parte. Y sentí que él era quizá un poco más humano. Porque, después de todo, no es más que humano enamorarse, si estás solo durante mucho tiempo y en compañía de una mujer hermosa... y si eres un hombre atractivo tú mismo.

Hannele estaba sentada con los ojos abiertos de par en par y las orejas aguzadas de asombro, esperando las siguientes revelaciones.

—Vaya, por supuesto —dijo ella, sabiendo que se esperaba que dijera algo.

—Sí, por supuesto —dijo la señora Hepburn, mirándola agudamente—. Así que pensé que mejor venía y veía hasta dónde habían llegado las cosas. No tenía más que una indirecta para empezar. No sabía ningún nombre, nada. Solo tenía una indirecta de que ella era alemana, y una aristócrata refugiada... y de que él solía visitar el estudio. —La damita miró agudamente a Hannele y soltó una risita sin aliento, entrelazando las manos nerviosamente. Hannele se quedó absolutamente en blanco: realmente aturdida.

—Por supuesto —reanudó la señora Hepburn—, eso fue suficiente. Fue una pista bastante suficiente. Me temo que mis intenciones cuando visité el estudio no eran tan puras como podrían haber sido. Me temo que quería ver algo más que las muñecas. Pero cuando usted me enseñó la muñeca de él, entonces lo supe. Por supuesto no hubo sombra de duda después de eso. Y vi de inmediato que ella lo amaba, pobre cosa. Estaba tan agitada. Y sin idea de quién era yo. Y usted fue tan poco amable al enseñarme la muñeca. Por supuesto, no tenía idea de a quién se la estaba enseñando. Pero para ella, pobre cosa, fue tal prueba. Pude ver cómo sufría. Y debo decir que es muy adorable... es muy, muy adorable, con su piel dorada y sus ojos de ámbar rojizo y su hermoso, hermoso porte. Y una naturaleza tan ingenua e impulsiva. Lo revela todo en un minuto. Y luego su voz profunda: «¡Oh sí... Oh, por favor!»... tal niña. Y tal aristócrata, ese giro encantador de su cabeza, y su vestido sencillo y elegante. Oh, es muy encantadora. Y es justo el tipo que siempre supe que le atraería, si no me tuviera a mí. He pensado en ello muchas veces... muchas veces. Cuando una mujer es mayor que un hombre, piensa estas cosas... especialmente si él tiene sus puntos atractivos también. Y cuando he soñado con la mujer que él amaría si no me tuviera a mí, siempre ha sido un tipo español. Y la baronesa es extraordinariamente española en su apariencia. Debe de haber tenido algún noble antepasado español. ¿No le parece?

—Oh, sí —dijo Hannele—. Había muchísimos españoles en Austria, también, con los diversos emperadores.

—Con Carlos V, exactamente. Exactamente. Así es como debe de haber sido. Y así ella tiene toda la belleza española, y todo el sentimiento alemán. Por supuesto, para mí misma, echo de menos la reserva, la altivez. Pero es muy, muy adorable, y estoy segura de que nunca podría odiarla. No podría

ni aunque lo intentara. Y no voy a intentarlo. Pero creo que ella es demasiado peligrosa para que mi marido la vea mucho. ¿No está de acuerdo, ahora?

—Oh, pero de verdad —balbuceó Hannele—. No hay nada en ello, de verdad.

—Bueno —dijo la damita, ladeando la cabeza sagazmente—, no me gustaría que hubiera nada más en ello.

Y hubo un momento de pausa muerta. Cada mujer estaba reflexionando. Hannele se preguntaba si la damita se estaba burlando simplemente de ella.

—De todos modos —continuó la señora Hepburn—, la chispa está ahí, y no tengo intención de que el fuego se propague. Voy a tener mucho, mucho cuidado, yo misma, de no avivar las llamas. Lo último que se me ocurriría sería montarle escenas a mi marido. Creo que sería fatal.

—Sí —dijo Hannele, durante la pausa.

—Voy con mucho cuidado. ¿Usted cree que no hay mucho en ello... entre él y la baronesa?

—No, no... estoy segura de que no —gritó Hannele, con una voz llena de convicción. Estaba casi indignada por ser menospreciada tan completamente ella misma, en las sospechas de la damita.

—¡Mmm! ¡Mmm! —tarareó la mujercita, asintiendo con la cabeza arriba y abajo con sapiencia—. ¡No estoy tan segura! No estoy tan segura de que no haya ido bastante lejos.

—¡Oh, no! —gritó Hannele, con irritación real de protesta.

—Bueno —dijo la otra—. En cualquier caso, no tengo intención de que vaya más lejos.

Hubo un silencio sepulcral durante algún tiempo.

—Hay más en ello de lo que usted dice. Hay más en ello de lo que usted dice —rumió la mujercita—. Le conozco a él, para empezar. Sé que tiene una nube en la frente. Y sé que no ha dejado su frente ni un solo minuto. Y cuando le dije que había estado en el estudio, y le enseñé la funda del cojín, supe que se sentía culpable. No soy tan fácil de engañar. Todos los irlandeses tenemos un toque de segunda visión, creo. Por supuesto no le he de-

safiado. Ni siquiera he mencionado la muñeca. Por cierto, ¿quién encargó la muñeca? ¿Le importaría decírmelo?

—No, no fue encargada —confesó Hannele.

—¡Ah... pensé que no... pensé que no! —dijo la señora Hepburn, levantando el dedo—. Al menos, sabía que ningún extraño la había encargado. Por supuesto que lo sabía. —Y sonrió para sí misma.

—Así que —continuó—, tuve demasiado sentido común para decir nada al respecto. No creo en dejar las heridas al descubierto. Creo en cubrirlas suavemente y dejar que sanen. Pero sí dije que me parecía una criatura adorable. —La damita miró alegremente a Hannele.

—Sí —dijo Hannele.

—Y él estuvo muy vago en sus formas. «Sí, no está mal», dijo. Me dije a mí misma: Ajá, chico mío, no me engañas con tu no está mal. Ella es mucho más que no está mal. Lo dije también. Quería, por supuesto, hacerle saber que tenía una sospecha.

—¿Y cree usted que él lo supo?

—Por supuesto que sí. Por supuesto que sí. «Ella es demasiado peligrosa», dije, «para estar en una ciudad donde hay tantos hombres extraños: casados y solteros». Y entonces él se volvió hacia mí y se delató, oh, tan claramente. «¿Por qué?», dijo. Pero con un tono tan altivo y distante. Me dije a mí misma: «Es hora, mi querido chico, de que seas retirado de la zona de peligro». Pero le respondí: «Seguramente alguien está destinado a enamorarse de ella». «En absoluto —dijo él—, ella se atiene a sus propios compatriotas». «¡No me digas a mí —le respondí—, con su bonito inglés chapurreado! Es un milagro que a las dos se les permita quedarse en la ciudad». Y entonces de nuevo se volvió contra mí. «¡Dios santo! —dijo—. ¿Harías que las echaran solo porque son hermosas de mirar, cuando no tienen otro sitio a donde ir, y se ganan su pedazo de sustento aquí?». Le aseguro que no se ha vuelto contra mí de esa forma prepotente ni una vez antes, en toda nuestra vida de casados. Así que solo dije tranquilamente: «Me gustaría proteger a nuestros propios hombres». Y él no dijo nada más. Pero me miró por debajo de las cejas y salió de la habitación.

Hubo un silencio. Hannele esperó con las manos en el regazo, y la señora Hepburn meditó, con las manos en su regazo. Su rostro parecía amarillo, y

muy arrugado.

—Bueno —dijo, rompiendo de nuevo repentinamente a la vida—. ¿Qué vamos a hacer? Quiero decir, ¿qué se ha de hacer? Usted es la amiga más íntima de la baronesa. Y no le deseo ningún mal, ninguno en absoluto.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Hannele, en la pausa.

—He estado instando a mi marido durante algún tiempo para que obtenga su licencia del ejército —dijo la mujercita—. Sabía que podía tenerla dentro de tres meses. Pero como tantos otros hombres, no tiene ingresos propios, y no quiere sentirse dependiente. ¡Perfecta tontería! Así que dice que quiere quedarse en el ejército. Nunca le he conocido antes ir en contra de mis deseos reales.

—Pero es mejor para un hombre ser independiente —dijo Hannele.

—Sé que lo es. Pero también es mejor para él estar en casa. Y podría conseguirle un puesto en uno de los observatorios. Podría hacer algo en trabajo meteorológico.

Hannele rehusó responder nada más.

—Por supuesto —dijo la señora Hepburn—, si él se queda aquí, sería mucho mejor si la baronesa dejara la ciudad.

—Estoy segura de que ella nunca se irá por su propia elección —dijo Hannele.

—Estoy segura de que no lo hará tampoco. Pero se le podría hacer ver que sería mucho más sensato por su parte mudarse por su propia libre voluntad.

—¿Por qué? —dijo Hannele.

—Vaya, porque podría ser retirada en cualquier momento por las autoridades británicas.

—¿Por qué habría de serlo? —dijo Hannele.

—Creo que las mujeres que son una amenaza para nuestros hombres deberían ser retiradas.

—Pero ella no es una amenaza para sus hombres.

—Bueno, tengo mi propia opinión sobre ese punto.

Lo cual era un punto muerto decisivo.

—Estoy segura de haberla retenido un tiempo terriblemente largo con mi charla —dijo la señora Hepburn—. Pero quería hacer todo lo más simple posible. Como dije antes, no puedo sentir ninguna mala voluntad contra ella. Sin embargo, no puedo dejar que las cosas simplemente sigan. Solo el Cielo sabe cuándo pueden terminar. Por supuesto si puedo persuadir a mi marido de que renuncie a su cargo y vuelva a Inglaterra... de todos modos, ya veremos. Estoy segura de que soy la última persona en el mundo en guardar rencor.

El tono en que lo dijo transmitía una amenaza nefasta.

Hannele se levantó de su silla.

—Oh, y una cosa más —dijo su anfitriona, sacando un pañuelo de encaje diminuto y tocándose la nariz delicadamente con él—. ¿Cree usted —toque, toque— que podría tener ese muñeco... ya sabe...?

—¿Ese...?

—Sí, de mi marido. —La damita se frotó la nariz con su pañuelo.

—El precio es de tres guineas —dijo Hannele.

—¡Oh, vaya! —el tono fue muy frío—. Pensé que no estaba a la venta.

Hannele se puso su capa.

—Lo enviaré, ¿verdad?, si es tan amable.

—Debo preguntar a mi amiga primero.

—Sí, por supuesto. Pero estoy segura de que ella será tan amable de enviármelo. Es un poco... eh... indelicado, ¿no le parece?

—No —dijo Hannele—. No más que un retrato pintado.

—¿No le parece? —dijo su anfitriona fríamente—. Bueno, incluso un retrato pintado creo que me gustaría en mi propia posesión. Este muñeco...

Hannele esperó, pero no hubo conclusión.

—De todos modos —dijo ella—, el precio son tres guineas: o el equivalente en marcos.

—Muy bien —dijo la damita—, tendrá sus tres guineas cuando yo tenga el muñeco.

## V

Hannele se marchó reflexionando. Un hombre nunca es un espécimen tan abyecto como su mujer lo hace parecer cuando habla de «mi marido». Por lo tanto, si alguna mujer desea rescatar a su marido de las garras de otra hembra, que invite a esa hembra a tomar el té y le hable con total sinceridad sobre «mi marido, ya sabe». Todo hombre ha hecho un espantoso ridículo con una mujer en algún momento u otro. Ninguna mujer lo olvida jamás. Y la mayoría de las mujeres delatarán la farsa, con verdadero patetismo, ante otra mujer. Por ejemplo, la imagen de Alec a los pies de su mujer en su noche de bodas, jurando dedicarse a su felicidad de por vida... esta imagen vagaba por la mente de Hannele una y otra vez, cada vez que pensaba en su querido capitán. Con consecuencias desastrosas para el capitán. Por supuesto, si él hubiera estado a sus propios pies, entonces Hannele lo habría considerado casi natural: casi una parte necesaria del espectáculo del amor. ¡Pero a los pies de esa otra mujercita! ¿Y qué llevaba puesto esa otra mujercita? ¡Su noche de bodas! Hannele esperaba ante el cielo que no fuera algún camisón horrible de frágil seda floreada. ¡Imagínese, esa damita! Quizá con una elegante cofia de punto di Milano, y esa combinación de frágil seda floreada: ¡y el hombre, quizá, en tirantes! Oh, cielo misericordioso, líbranos de las indiscreciones ajenas. No, estemos seguros de que fue con el traje de etiqueta adecuado —hace veinte años—, muy escotado, con una falda amplia recogida por detrás y arrastrando un poco, y una pequeña estructura de cuero en su peinado alto, y todas esas joyas: perlas, por supuesto; y él con esmoquin y chaleco blanco: probablemente en el dormi-

torio de un hotel en Lugano o Biarritz. ¿Y ella? ¿Estaba de pie con una mano pequeña sobre el hombro de él, o estaba sentada en el sofá del dormitorio? ¡Oh, pensamiento espantoso! Y sin embargo era casi inevitable, esa escena. Hannele nunca se había casado, pero se había acercado lo suficiente a la realización del evento para saber que tal escena era prácticamente inevitable. Una parte indispensable de cualquier luna de miel. ¡Él de rodillas, con los talones levantados!

¡Y qué negro y ordenado debía de tener el pelo entonces! Y ni una cana en las sienes. Un novio tan apuesto. Quizá con una rosa blanca en el ojal todavía. Y podía verlo arrodillado allí, con sus pantalones negros nuevos y un cuello de pajarita. Y podía ver su cabeza inclinada. Y podía oír su voz plañidera y musical diciendo: «Con la ayuda de Dios, haré tu vida feliz. Viviré para eso y para nada más». Y entonces la damita debió de tener lágrimas en los ojos, y debió de decir, con bastante soberbia: «Gracias, querido, estoy perfectamente segura de ello».

¡Ah! ¡Ah! Los maridos deberían dejarse para sus propias mujeres: y las mujeres deberían dejarse para sus propios maridos. Y ningún extraño debería jamás ser hecho partícipe de estos terribles fragmentos de escenificación conyugal. No, pensó Hannele, esa escena fue realmente cierta. Ocurrió de verdad. ¡Y del hombre de esa escena he estado yo enamorada! Del devoto marido de esa damita. ¡Oh Dios, oh Dios, cómo fue posible! ¡Él de rodillas, de rodillas, con los talones levantados!

«¿Soy una completa tonta?», pensó para sí misma. «¿Soy realmente solo una idiota, boquiabierta de amor por él? ¿Cómo pude? ¿Cómo pude? ¡La forma misma en que le dice: "¡Sí, querida!" a ella! ¡La forma en que hace lo que ella le dice! ¡La forma en que se mueve nerviosamente por la habitación con las manos en los bolsillos! La forma en que se marcha cuando ella lo despide porque quiere hablar conmigo. Y él sabe que ella quiere hablar conmigo. Y él sabe lo que ella podría tener que decirme. Sin embargo, se va a hacer su recado sin una pregunta, como un sirviente. "Haré lo que desees, cariño". Debe de haberle dicho esas palabras una y otra vez a la damita. Y cumplirlas, también. Cumplió todas sus promesas y juramentos».

¡Ah! ¡Ah! Hannele se retorció las manos al pensar en sí misma involucrada con él. Y él le había parecido tan varonil. Parecía tener tanta pasión masculina silenciosa en él. Y sin embargo... ¡la damita! «Mi marido siem-

pre ha sido perfectamente dulce conmigo». ¡Piense en ello! De rodillas también. Y su «¡Sí, querida! Ciertamente. Ciertamente». No es que tuviera miedo de la damita. Simplemente estaba comprometido con ella, como podría haber estado comprometido con la cárcel, o comprometido con el paraíso.

¿Había estado soñando, al estar enamorada de él? Oh, deseaba tanto no haberlo estado nunca. Deseaba no haberse entregado nunca. ¡A él! ¡Entregarse a él! Y tan abyectamente. Colgada de sus palabras y sus movimientos, y mirándole como si fuera César. Así se lo había parecido a ella: como un César mudo. Como Germánico. Como... no sabía qué.

¿Cómo había sucedido todo? ¿Qué la había engañado? ¿Fue solo su buena apariencia? No, realmente no. Porque era el tipo de buena apariencia fija que a ella realmente no le importaba. Debió de tener encanto. Debió de tener encanto. Sí, tenía encanto. Cuando funcionaba.

Su encanto no había funcionado en ella ahora desde hacía algún tiempo; nunca desde esa noche tras la llegada de su mujer. Desde entonces él le había parecido... bastante horrible. Bastante horrible, estúpido, un asno, una persona limitada y bastante vulgar. Eso era lo que él le parecía cuando su encanto no funcionaba. Una persona limitada y bastante inferior. Y en un mundo de Schiebers, especuladores y personas vulgares y pretenciosas, esto era lo peor posible. ¡Un individuo limitado, inferior y ligeramente pretencioso! ¡El marido de la damita! ¡Y oh cielos, ella estaba tan profundamente implicada con él! Él no había hablado, sin embargo, con ella en privado desde la llegada de su mujer. Probablemente nunca volvería a hablar con ella en privado. Ella esperaba al cielo que nunca más. Lo horrible era el pasado, lo que había habido entre él y ella. Se estremecía cuando pensaba en ello. ¡El marido de la damita!

¡Pero seguramente había algo que lo explicara! Encanto, solo encanto. Él tenía un encanto. Y entonces, oh, cielos, ¡cuando el encanto dejaba de funcionar! Había dejado de funcionar tan completamente en este momento, en el caso de Hannele, que su propia boca sabía a sal. ¿A qué equivalía todo aquello?

¿Cuál era su encanto, después de todo? ¿Cómo podía haberla afectado? Empezó a pensar en él de nuevo, en su mejor momento: su presencia, cuando estaban solos en lo alto de aquella gran buhardilla solitaria cerca de las

estrellas. ¡Su habitación!: las grandes paredes encaladas, el primer aroma a tabaco, el silencio, la sensación de que las estrellas estaban cerca, los telescopios, el cactus con finas flores escarlata; y sobre todo, el extraño, remoto e insidioso silencio de su presencia, que era tan afín a ella también. La curiosa manera que tenía de girar la cabeza para escuchar... ¿para escuchar qué?... como si oyera algo en las estrellas. La extraña mirada, como el destino, en sus ojos negros muy abiertos, casi fijos. Las hermosas líneas de su frente, que parecía tener siempre una cierta nube sobre ella. ¡La lenta elegancia de sus piernas rectas y hermosas al caminar, y la exquisitez de su pecho oscuro y esbelto! Ah, podía sentir el encanto montando sobre ella de nuevo. Podía sentir la serpiente mordiéndole el corazón. Podía sentir las flechas del deseo enconándose.

Pero entonces... y se apartó de sus pensamientos para volver a esta última fiestecita de té en el Vier Jahreszeiten. Pensó en la voz de él: «Sí, querida. Ciertamente. Ciertamente lo haré». Y pensó en la expresión estúpida e inferior de su rostro. Y en ese algo de sirviente en la forma en que salió a cumplir la orden de su mujer.

Y entonces el encanto desapareció de nuevo, como el resplandor del atardecer desaparece de una ciudad en llamas y la deja como un sórdido agujero industrial. ¡Hasta ahí el encanto!

Hasta ahí el encanto. Debería haberse quedado con su propia clase de hombres. Martin, por ejemplo, que era un caballero y un soldado atrevido, y un alma curiosa y agradable con quien hablar. Solo que no tenía ninguna magia. ¿Magia? La palabra misma la hacía retorcerse. ¿Magia? Estafa. Estafa, a eso equivalía todo. ¡Magia!

Y sin embargo... no seamos demasiado precipitados. Si la magia había estado realmente allí, en aquellas noches en esa gran buhardilla elevada. ¿Había estado? Sí. Sí, estaba obligada a admitirlo. Había habido magia. Si había habido magia en su presencia y en su contacto, el marido de la damita... Pero el disgusto estaba en su boca de nuevo.

Así que empezó de nuevo, tratando de mantener un firme control sobre la cola de esa magia suya demasiado evanescente. Querido, se deslizaba tan rápidamente hacia la desilusión. No obstante. Si había existido, existió. Y si existió, valía la pena tenerla. Podías llamarlo una ilusión si querías. Pero una ilusión que es una experiencia real vale la pena tenerla. Quizá esta de-

silusión era una ilusión mayor que la ilusión misma. Quizá toda esta desilusión de la damita y el marido de la damita era más falsa que la ilusión y la magia de aquellas pocas noches. Quizá la larga desilusión de la vida era más falsa que los breves momentos de ilusión real. Después de todo... la delicada oscuridad de su pecho, el misterio que parecía venir con él mientras caminaba lentamente por el suelo de su habitación, después de cambiarse la túnica... No, no, si ella podía mantener la ilusión de su encanto, enviaría toda la desilusión a los demonios. No, solo déjala estar bajo el hechizo de su encanto. Solo deja que el hechizo esté sobre ella. Era todo lo que anhelaba. Y lo que tenía que combatir era la vulgaridad de la desilusión. La vulgaridad de la damita, la vulgaridad del marido de la damita, la vulgaridad de su falta de sinceridad, su «¡Sí, querida! ¡Ciertamente! ¡Ciertamente!»... esto era lo que tenía que combatir. Él era vulgar y horrible, entonces. Pero también, ¡la extraña figura que se sentaba sola en el tejado observando las estrellas! La maravillosa flor roja del cactus. El misterio que avanzaba con él mientras cruzaba la habitación después de cambiarse la túnica. ¡El glamur y la tristeza de él, su silencio, mientras se agachaba desabrochándose las botas! Y la extraña sonrisa de gárgola, fija, ¡cuando la acariciaba con la mano bajo la barbilla! La vida es toda una elección. ¡Y si ella elegía el glamur, la magia, el encanto, la ilusión, el hechizo! Mejor la muerte que ese otro, el marido de la damita. Al fin y al cabo, ¿era él tan marido de la damita como era aquel César extraño y de pecho delicado de su propio conocimiento? ¿Cuál era él?

No, ella no iba a enviarle la muñeca. La damita nunca tendría la muñeca. ¡Qué muñeca se haría ella misma! ¡Cielos, qué joya marchita!

## VI

El capitán Hepburn seguía pasando ocasionalmente por la casa a por su correo. La criada siempre ponía sus cartas en un cierto lugar del vestíbulo, para que no tuviera que subir las escaleras.

Entre sus cartas —es decir, junto con otra carta, pues su correspondencia era muy escasa— encontró un día un sobre con un escudo. Dentro de este sobre, dos cartas.

Estimado capitán Hepburn:

Recibí la carta adjunta de la señora Hepburn. No tengo intención de que ella tenga el muñeco que es su retrato, así que no responderé a esta nota. Tampoco veo por qué debería intentar echarnos de la ciudad. Habló conmigo después del té aquel día, y parece que cree que Mitchka es su amante. Yo no dije nada en absoluto, excepto que no era cierto. Pero ella no necesita tenerme miedo. No quiero que usted se moleste. Pero igual da que sepa cómo están las cosas.

JOHANNA Z. R.

La otra carta estaba en el conocido papel grueso de su mujer, y en su conocida letra grande y «aristocrática».

Mi querida condesa:

Me pregunto si ha habido algún error, o algún malentendido. Hace cuatro días dijo que enviaría aquel muñeco del que hablamos, pero no he visto señal de él todavía. Pensé en pasar por el estudio, pero no deseaba molestar a la baronesa. Le estaría muy agradecida si pudiera enviar el muñeco de inmediato, ya que no me siento tranquila mientras esté fuera de mi posesión. Puede confiar en recibir un cheque a vuelta de correo.

Nuestro viejo amigo de la familia, el general de división Barlow, me visitó ayer, y tuvimos una conversación muy interesante sobre nuestros Tommies y la protección de su moral aquí. Parece que tenemos pleno poder para enviar lejos a cualquier persona o personas consideradas indeseables, con un aviso de veinticuatro horas para marcharse. Pero por supuesto todo esto se hace tan discretamente y con la intención de causar tan poco escándalo como sea posible.

Por favor, hágame llegar el muñeco para mañana, y quizá alguna indicación sobre sus intenciones futuras.

Con los mejores deseos de alguien que solo busca ser su amiga. Suya muy sinceramente,

EVANGELINE HEPBURN.

## VII

Y entonces sucedió una cosa espantosa: realmente una cosa muy espantosa. Hannele lo leyó en el periódico vespertino de la ciudad, el *Abendblatt*. Mitchka subió corriendo con el periódico a las diez de la noche, justo cuando Hannele se iba a la cama.

La señora Hepburn se había caído por la ventana de su dormitorio, desde el tercer piso del hotel, hasta el pavimento de abajo, y se había matado. Se estaba vistiendo para la cena. Y aparentemente por la mañana había lavado cierta pequeña camisola y la había puesto en el alféizar de la ventana para secar. Debió de subirse a una silla, intentando alcanzarla, cuando cayó por la ventana. Su marido, que estaba en el vestidor, oyó un ruidito extraño, una especie de grito ahogado, y entró en su habitación para ver qué era. Y ella no estaba allí. La ventana estaba abierta, y la silla junto a la ventana. Él miró alrededor, y pensó que ella había salido de la habitación un momento, así que volvió a su afeitado. Estaba medio afeitado cuando una de las criadas entró corriendo. Cuando miró por la ventana hacia la calle de abajo se desmayó, y se habría caído también si la criada no lo hubiera metido dentro a tiempo.

Justo al día siguiente el capitán volvió a su buhardilla. Hannele no lo supo hasta bastante tarde en la noche, cuando él llamó a su puerta. Ella reconoció su toque suave inmediatamente.

—¿No vendrás a charlar un rato? —dijo él.

Ella hizo una pausa de unos momentos antes de responder. Y luego quizá la sorpresa la hizo acceder: sorpresa y curiosidad.

—Sí, en un minuto —dijo ella, cerrándole la puerta en las narices.

Lo encontró sentado muy quieto, ni siquiera fumando, en su tranquila buhardilla. No se levantó, sino que simplemente miró hacia atrás con una leve sonrisa. Y ella pensó que su rostro parecía diferente, más flexible. Pero en la penumbra no podía decirlo. Se sentó a cierta distancia de él.

—Supongo que te has enterado —dijo él.

—Sí.

Tras una larga pausa, reanudó:

—Sí. Parece una cosa imposible de haber sucedido. Sin embargo, ha sucedido.

Los oídos de Hannele eran agudos. Pero por más que los aguzara, no podía captar el significado de la voz de él.

—Una cosa terrible. Una cosa muy terrible —dijo ella.

—Sí.

—¿Crees que cayó totalmente por accidente? —dijo ella.

—Debe de haberlo hecho. La criada estuvo justo un minuto antes, y ella parecía tan feliz como es posible. Supongo que al inclinarse sobre ese ancho alféizar de la ventana, su cerebro debió de girarse de repente. No puedo imaginar por qué no me llamó. Ella nunca podía soportar ni siquiera mirar por una ventana alta. Se ponía enferma al instante si veía un espacio debajo de ella. Solía decir que no podía mirar realmente a la luna, le hacía sentir como si fuera a caer desde una altura espantosa. Nunca se atrevía a más que echarle un vistazo. Siempre tenía la sensación, supongo, del horrible espacio debajo de ella, si estuviera en la luna.

Hannele no estaba escuchando sus palabras, sino su voz. Había algo un poco automático en lo que decía. Pero entonces eso es siempre así cuando la gente ha tenido una conmoción.

—Debe de haber sido terrible para ti también —dijo ella.

— Ah, sí. En el momento fue espantoso. Espantoso. Sentí el golpe justo dentro de mí, sabes.

— ¡Espantoso! — repitió ella.

— Pero ahora — dijo él —, me siento muy extrañamente feliz por ello. Me siento feliz por ello. Me siento feliz por el bien de ella, si puedes entender eso. Siento que ella ha salido de alguna gran tensión. Siento que es libre ahora por primera vez en su vida. Era un alma gentil, y un alma original, pero era como un hada que está condenada a vivir en casas y sentarse en muebles y todo eso, ¿sabes? Nunca fue su naturaleza.

— ¿No? — dijo Hannele, sentada ella misma en blanco asombro.

— Siempre sentí que había nacido en la época equivocada... o en el planeta equivocado. Como algún tipo de criatura delicada que sacas de un bosque tropical en el momento en que nace, y desde el primer momento le enseñas a realizar trucos. Sabes a qué me refiero. Toda su vida realizó los trucos de la vida; era una monita muy lista en ello también. Me daba mil vueltas. Pero su propia pobrecita alma, una especie de alma de hada, esas extrañas criaturas irlandesas, estaba enjaulada dentro de ella toda su vida, sepultada. Allí estaba, sepultada, mientras pasaba por todos los trucos de la vida por los que tienes que pasar si naces hoy en día.

— Pero — balbuceó Hannele —, ¿qué habría hecho ella si hubiera sido libre?

— Vaya, ¿no lo ves?, no hay nada que ella pudiera hacer en el mundo de hoy. Toma su idioma, por ejemplo. Nunca debería haber estado hablando inglés. No sé qué idioma debería haber hablado. Porque si tomas el idioma irlandés, solo lo aprenden de vuelta desde el inglés. Piensan en inglés, y simplemente ponen palabras irlandesas encima. Pero el inglés nunca fue su idioma. Borboteaba de sus labios, por así decirlo. Y no tenía otro idioma. Como un estornino al que has hecho hablar desde el principio mismo, y así solo puede gritar esos ruidos hablados, ¿sabes? No puede silbar su propio silbido para salvar su vida. No podría hacerlo. Lo ha perdido. Todo su modo natural de expresarse ha colapsado, y solo puede ser artificial.

Hubo una larga pausa.

— ¿Habría sido maravillosa, entonces, si hubiera sido capaz de hablar en algún idioma desconocido? — dijo Hannele con celos.

—No digo que hubiera sido maravillosa. De hecho, pensamos que un estornino parlante es mucho más maravilloso que un estornino ordinario. Yo mismo no lo creo, pero la mayoría de la gente sí. Y ella habría sido una especie de estornino. Y habría tenido su propio idioma y sus propias formas. Tal como fue, pobre cosa, siempre se estaba arreglando y revoloteando y parloteando dentro de una jaula. Y nunca supo que estaba en la jaula, no más de lo que nosotros sabemos que estamos dentro de nuestra propia piel.

—Pero —dijo Hannele, con un toque de burla—, ¿cómo sabes que no te lo has inventado todo... solo para consolarte?

—Oh, lo he pensado hace mucho tiempo —dijo él.

—Aun así —espetó ella—, puedes haberlo inventado todo... como una especie de consuelo por... por... por tu vida.

—Sí, puede ser —dijo él—. Pero no lo creo. Eran sus ojos. ¿Notaste alguna vez sus ojos? A menudo solía captar sus ojos. Y ella estaría hablando sin parar, todo el idioma borboteando de sus labios. Y sus ojos eran tan claros y brillantes y diferentes. Como los de un niño que está escuchando algo, y se va a asustar. Ella siempre estaba escuchando... y esperando... algo más. Te diré qué, ella era exactamente como esa hada en la canción escocesa, que está enamorada de un mortal, y se sienta junto al camino real aterrorizada esperando a que él venga, y oyendo a los chorlitos y a los zarapitos. Solo que hoy en día los camiones van por los caminos del páramo y la pobre cosa cae golpeada inconsciente, y es llevada a nuestro mundo en un estado de inconsciencia, y cuando vuelve en sí, intenta hablar nuestro idioma y comportarse como nosotros nos comportamos, y no puede recordar nada más, así que sigue y sigue, hasta que cae con un estrépito, de vuelta a su propio mundo.

Hannele guardó silencio, y él también.

—¿La amabas entonces? —dijo ella al fin.

—Sí. Pero de esta manera. Cuando era niño atrapé un pájaro, una curruca, y la metí en una jaula. Y amaba a ese pájaro. No sé por qué, pero lo amaba. Simplemente amaba a ese pájaro. Todo el tojo, y el brezo, y la roca, y el olor caliente de la flor de tojo amarilla, y el cielo que parecía no tener fin, cuando yo era niño, todo con lo que casi estaba loco, como están los niños, me parecía estar en esa pequeña curruca revoloteante. Y picoteaba su semil-

la como si no supiera muy bien qué más hacer; y miraba alrededor, y empezaba a cantar. Pero en muy pocos días volvió la cabeza a un lado y murió. Sí, murió. Nunca tuve de nuevo el sentimiento que obtuve de esa curruca cuando era niño... no hasta que la vi a ella. Y entonces lo sentí todo de nuevo. Lo sentí todo de nuevo. Y era el mismo sentimiento. Supe, muy pronto supe, que ella moriría. Picotearía su semilla y miraría alrededor en la jaula igual. Pero moriría al final. Solo que duraría mucho más. Pero moriría en la jaula, como la curruca.

—Pero ella amaba la jaula. Amaba su ropa y sus joyas. Debe de haber amado su casa y sus muebles y todo eso con un frenesí perfecto.

—Lo hacía. Lo hacía. Pero como un niño con juguetes. Solo que eran juguetes grandes, maravillosos para ella. Oh, sí, nunca estaba lejos de ellos. Nunca olvidaba sus cosas: sus baratijas y sus pieles y sus muebles. Nunca se alejaba de ellos ni un minuto. Y todo en su mente estaba mezclado con ellos.

—¡Espantoso! —dijo Hannele.

—Sí, era espantoso —respondió él.

—Espantoso —repitió Hannele.

—Sí, totalmente. ¡Totalmente! Y se puso peor. Y su forma de hablar se puso peor. Como si borboteara de sus labios. Pero sus ojos nunca perdieron su brillo, nunca perdieron esa mirada de hada. Solo que yo solía ver miedo en ellos. Miedo a todo, incluso a todas las cosas de las que se rodeaba. Justo como mi curruca solía mirar fuera de su jaula: tan brillante y aguda, y sin embargo como si no supiera que era simplemente la jaula lo que había entre él y el exterior. Pensaba que era dentro de sí mismo, la barrera. Pensaba que era parte de su propia naturaleza estar encerrado. Y ella pensaba que era parte de su propia naturaleza. Y así ambos murieron.

—Lo que no puedo ver —dijo Hannele— es qué habría hecho ella fuera de su jaula. ¿Qué otra vida podría tener, excepto sus bibelots y sus muebles, y su charla?

—Vaya, ninguna. No hay vida fuera para los seres humanos.

—Entonces no hay nada —dijo Hannele.

—Eso es cierto. En gran medida, no hay nada.

—Gracias —dijo Hannele.

Hubo una larga pausa.

—Y quizá yo tuve la culpa. Quizá debería haber hecho algún tipo de movimiento. Pero no sabía qué hacer. Por mi vida, no sabía qué hacer, excepto tratar de hacerla feliz. Ella tenía suficiente dinero... y no pensé que importara si lo compartía conmigo. Yo siempre tenía un jardín... y la astronomía. Ha sido un inmenso alivio para mí observar la luna. Ha sido maravilloso. En lugar de mirar dentro de la jaula, como hacía con mi pájaro, o con ella... miro justo afuera... hacia la libertad... hacia la libertad.

—¿La luna, quieres decir? —dijo Hannele.

—Sí, la luna.

—¿Y esa es tu libertad?

—Ahí es donde he encontrado la mayor sensación de libertad —dijo él.

—Bueno, no voy a ponerme celosa de la luna —dijo Hannele al fin.

—¿Por qué deberías? No es una cosa de la que ponerse celosa.

Al poco rato, ella le dio las buenas noches y le dejó.

## VIII

Lo principal que el capitán sabía, en esta coyuntura, era que un hacha había atravesado las ligaduras y venas que lo conectaban con las personas de su afecto, y que se había quedado con los extremos sangrantes de todas sus relaciones humanas vitales. Por qué debía ser así, no lo sabía. Pero en-

tonces uno nunca puede saber los porqués y las razones de los propios cambios pasionales.

Solo sabía que era así. El flujo emocional entre él y todas las personas que conocía y por las que se preocupaba estaba roto, y por el momento era consciente solo de la escisión. La escisión que había ocurrido entre él y sus semejantes, la hendidura que había ahora entre él y ellos. No era culpa de nadie ni de nada. No podía reprochárselo ni a sí mismo ni a ellos. Lo que había sucedido se había estado preparando durante mucho tiempo. Ahora, de repente, la escisión. Había habido un largo y lento destete: y ahora esta repentina ruptura silenciosa.

A lo que equivalía principalmente era a que no quería ni siquiera ver a Hannele. No quería pensar en ella siquiera. Pero tampoco quería ver a nadie más, ni pensar en nadie más. Se encogía con un sentimiento casi de disgusto ante sus amigos y conocidos, y sus expresiones de simpatía. Le afectaba con disgusto instantáneo cuando alguien quería compartir emociones con él. No quería compartir emociones ni sentimientos de ningún tipo. Quería estar solo, esencialmente, incluso si se movía entre otras personas.

Así que fue a Inglaterra para arreglar sus propios asuntos, y por deber para ver a sus hijos. Deseaba a sus hijos todo el bien del mundo; todo excepto cualquier conexión emocional consigo mismo. Decidió sacar a su chica del convento de inmediato, y meterla en una alegre escuela inglesa. Su chico estaba bien donde estaba.

El capitán tenía ahora unos ingresos suficientes para darle su independencia, pero no suficientes para mantener la casa de su mujer. Así que se preparó para vender la casa y la mayoría de las cosas en ella. Decidió también dejar el ejército tan pronto como pudiera ser libre. Y pensó que vagaría por un tiempo, hasta que diera con algo que quisiera.

Así pasó el invierno, sin que él regresara a Alemania. Estaba libre del ejército. Iba a la deriva, arreglando sus asuntos. No eran de mucha importancia. Y en todo el tiempo nunca escribió ni una vez a Hannele. No podía superar su disgusto de que la gente insistiera en que compartiera sus emociones. No podía soportar sus emociones, ni sus actividades. Otras personas podían tener todas las emociones y sentimientos y seriedad y actividades ocupadas que quisieran. Bastante agradable incluso que tuvieran una conmoción tan multifacética para sí mismos. Pero en el momento en que se le

acercaban para esparcir sus sentimientos sobre él o para enredarle en sus actividades, un disgusto indefenso surgía en él, y hasta que podía alejarse se sentía enfermo, incluso físicamente.

Este no era estado mental para un amante. No podía siquiera pensar en Hannele. De cualquier otra persona sentía que no necesitaba pensar. Estaba profunda, profundamente agradecido de que su mujer estuviera muerta. Era el fin de la piedad ahora; porque, pobre cosa, había escapado y seguido su propio camino hacia el vacío, como un pájaro que ha volado.

## IX

No obstante, un hombre no ha terminado su vida a los cuarenta. Puede, sin embargo, haber terminado una gran fase de su vida.

Y Alexander Hepburn no era hombre para vivir solo. Todos nuestros problemas, dice alguien sabio, nos vienen porque no podemos estar solos. Y eso está muy bien. Todos debemos ser capaces de estar solos, de lo contrario somos simplemente víctimas. Pero cuando somos capaces de estar solos, entonces nos damos cuenta de que lo único que hacer es empezar una nueva relación con otro —o incluso el mismo— ser humano. Que la gente deba estar toda plantada separada, como tantos postes de telégrafo, es una tontería.

Así con nuestro querido capitán. Tuvo su convulsión hacia una especie de aislamiento de poste de telégrafo: lo cual fue absolutamente necesario para él. Pero entonces comenzó a brotar con un nuevo anhelo de... ¿de qué? ¿De amor?

Era una pregunta que se hacía agradablemente a sí mismo. Y realmente, las jovencitas agradables de dieciocho o veinte años le atraían mucho: tan frescas, tan impulsivas, y mirándole como si fuera algo maravilloso. ¡Si tan solo hubiera podido casarse con dos o tres de ellas, en lugar de solo una!

¡Amor! Cuando un hombre no tiene ambición particular, su mente se vuelve perpetuamente, como una aguja hacia el polo. Esa palabra cansina, Amor. Significa tantas cosas. Significaba el sentimiento que había tenido por su mujer. La había amado. Pero se estremecía ante el pensamiento de tener que pasar por tal amor de nuevo. Significaba también el sentimiento que tenía por las cosas jóvenes terriblemente agradables que encontraba aquí y allá: chicas frescas e impulsivas listas para entregar todos sus corazones. Oh, sí, podía enamorarse de media docena de ellas. Pero sabía que mejor no.

Al final escribió a Hannele: y no obtuvo respuesta. Así que escribió a Mitchka y aun así no obtuvo respuesta. Así que escribió pidiendo información, y no hubo ninguna disponible, excepto que las dos mujeres se habían ido a Múnich.

Por el momento lo dejó así. Para él, Hannele no representaba exactamente el amor color de rosa. Más bien un destino duro. No la adoraba. No sentía ni una pizca de adoración por ella. De hecho, ni todas las bellezas y virtudes de la mujer puestas juntas con todo el oro de las Indias le habrían tentado al negocio de la adoración nunca más. Se había puesto de rodillas una vez, jurando con tonos vacilantes intentar hacer feliz a la adorada. Y ahora... nunca más. Nunca.

La tentación esta vez era ser adorado. Una de esas cosas jóvenes y frescas le habría adorado como si fuera un dios. Y había algo muy seductor en el pensamiento. Muy, muy seductor. ¡Ser dios todopoderoso en tu propia casa, con una cosa joven y adorable adorándote, y tú emitiendo rayos de brillante refulgencia como un Gloria! ¿Quién no sería tentado, a la edad de cuarenta? Y por esto se entretuvo.

Pero al final tomó repentinamente el tren a Múnich. Y cuando llegó allí encontró la ciudad asquerosamente incómoda, a los bávaros groseros y desagradables, y ni señal de las hembras desaparecidas, ni siquiera en el Café Stéphanie. Deambuló dando vueltas y vueltas.

Y entonces un día, oh cielos, vio su muñeco en un escaparate: una pequeña tienda de arte. Se quedó mirando bastante hechizado.

—Bueno, si esto no es el diablo —dijo—. ¡Verse a uno mismo en un escaparate!

Estaba tan disgustado que no quiso entrar en la tienda.

Luego, cada día durante una semana bajó por esa callecita y se miró en el escaparate. Sí, allí estaba él, con una mano en el bolsillo. Y la figura tenía una mano en su bolsillo. Allí estaba él, con su gorra calada bastante baja sobre la frente. Y la figura tenía su gorra calada baja sobre la frente. Pero, gracias a Dios, su propia gorra ahora era de tweed civil. Pero allí estaba él, con la cabeza bastante adelantada, mirando con ojos oscuros fijos. Y él mismo en pequeño, esa figura miserable, estaba allí con su cabeza bastante adelantada, mirando con ojos oscuros fijos. Era un hombrecito tan real que le dejó pasmado. Cuanto más a menudo lo veía, más le pasmaba. Y más lo odiaba. Sin embargo, le fascinaba, y venía de nuevo a mirar.

Y siempre estaba allí. Un pequeño individuo solitario holgazaneando allí con una mano en su bolsillo, y nada que hacer, entre el bric-à-brac y los bibelots. Pobre diablo, plantado tan incongruentemente en el mundo. Y sin embargo sin perder nada de su masculinidad.

Un pequeño diablo macho, a pesar de todo su desamparo. Pero tal aire de aislamiento, o de no pertenencia. Sin embargo tenso y macho, en sus pantalones de tartán. ¡Y en qué situación estar!... holgazaneando con la espalda contra un pequeño gabinete de laca japonesa, con unas pocas vasijas viejas a su derecha y una cansina bandeja de tinta de latón a su izquierda, mientras piezas de encaje de filet no muy bonito colgaban a lo largo arriba y abajo en el fondo. Pobre pequeño diablo: era como una sátira deliberada.

Y entonces un día ya no estaba. Estaba el gabinete y el encaje de filet y la cansina bandeja de tintero: y el caballero no estaba allí. El capitán entró inmediatamente en la tienda.

—¿Ha vendido ese muñeco... ese soldado desconocido? —añadió, sin saber muy bien lo que decía.

El muñeco estaba vendido.

—¿Sabe quién lo compró?

La chica le miró muy fríamente, y no sabía.

—Conocí una vez a la dama que lo hizo. De hecho, el muñeco era yo — dijo él.

La chica le miró ahora con repentino interés.

—¿No cree que se parecía a mí? —dijo él.

—Quizá... —empezó a sonreír ella.

—Era yo. Y la dama que lo hizo era una amiga mía. ¿Sabe su nombre?

—Sí.

—Gräfin zu Rassentlow — gritó él, con los ojos brillando.

—Oh, sí. Pero sus muñecas son famosas.

—¿Sabe dónde está ella? ¿Está en Múnich?

—Eso no lo sé.

—¿Podría averiguarlo?

—No lo sé. Puedo preguntar.

—O la Baronesa von Prielau-Carolath.

—La Baronesa ha muerto.

—¡Muerta!

—Fue disparada en un motín en Salzburgo. Dicen que un amante...

—¿Cómo lo sabe?

—Por los periódicos.

—¡Muerta! ¿Es posible? Pobre Hannele.

Hubo una pausa.

—Bueno —dijo él—, si pudiera indagar sobre la dirección... pasaré de nuevo.

Luego se volvió desde la puerta.

—Por cierto, ¿le importa decirme por cuánto vendió el muñeco?

La chica vaciló. No estaba en absoluto ansiosa de revelar ninguno de sus detalles comerciales. Pero al fin respondió de mala gana:

—Quinientos marcos.

—Tan barato —dijo él—. Buenos días. Entonces pasaré de nuevo.

## X

Entonces consiguió un rastro de nuevo. Fue en la columna de Ecos de Sociedad del Münchener Neue Zeitung : bajo Comentarios de Estudio. «El último cuadro de Theodor Worpswede es una naturaleza muerta, que contiene un grupo entretenido de un muñeco, dos girasoles en un frasco de vidrio y un huevo escalfado sobre una tostada. El contraste entre las tres sustancias es sumamente divertido e instructivo, y esta es quizá una de las más interesantes obras de Worpswede. El muñeco, por cierto, es una de las creaciones de nuestra fértil condesa Hannele. Es la figura de un oficial inglés, o más bien escocés, con los famosos pantalones de tartán que, aferrándose estrechamente a las piernas del vivaz galo, tanto escandalizaron al eminente Julio César y sus cohortes. Nosotros, por supuesto, ya no estamos escandalizados, sino llenos de admiración por el genio creativo de nuestra querida condesa. El muñeco en sí es una obra maestra, y ha engendrado otra obra maestra en la Naturaleza muerta de Theodor Worpswede. Hemos oído, por cierto, un rumor del compromiso de la condesa zu Rassentlow. Aparentemente el Herr Regierungsrat von Poldi, de ese hermosísimo lugar de veraneo, Kaprun, en el Tirol, es el afortunado hombre...».

## XI

El capitán compró la Naturaleza muerta. Esta nueva versión de sí mismo junto con el huevo escalfado y los girasoles era bastante aterradora. Así que hizo el equipaje para Austria, para Kaprun, con su cuadro, y tuvo una pelea para sacar la bestial cosa de Alemania, y otra pelea para meterla en Austria. Fatigado y furioso llegó a Salzburgo, no viendo belleza en nada. Al día siguiente estaba en Kaprun.

Era un balneario elegante y de moda antes de la guerra: un pequeño lago encantador en medio de los Alpes, un viejo pueblo tirolés a la orilla del agua, laderas verdes elevándose enfrente, y a lo lejos más allá un glaciar. Estaba todavía abarrotado y todavía elegante. Pero ay, con una elegancia rota, en bancarrota, desesperada, y tiendas casi vacías.

El capitán se sentía bastante aturdido. Se encontró en un hotel lleno de judíos del tipo de ricos equivocados, y se preguntó qué vendría después. El lugar era hermoso, pero la vida no lo era.

## XII

El Herr Regierungsrat no resultaba atractivo a primera vista. Se acercaba a los cincuenta y había engordado y se había vuelto algo fofo, como hacen

tantos hombres de su clase y raza. Además, llevaba una de esas espantosas levitas de faldones anchos, una especie de pariente pobre de nuestra levita de falda completa: se describiría mejor como un abrigo de familia. Aleteaba a su alrededor cuando caminaba, y a primera vista parecía de clase media baja.

Pero no lo era. Por supuesto, al tener un cargo en la Austria colapsada, era republicano. Pero por naturaleza era monárquico, más aún, imperialista, como todo verdadero austriaco. Y era un verdadero austriaco. Y como tal, era mucho más fino y sutil de lo que parecía. A medida que uno se acostumbraba a él, su cara bastante gorda, con su nariz fina y su boca ligeramente amarga y fruncida, llegaba a tener un parecido con los bustos de algunos de los últimos emperadores romanos. Y a medida que uno estaba con él, llegaba gradualmente a darse cuenta de que de toda su apariencia burguesa y holgada salía algo de un grand geste . No podía evitarlo. Había algo amplio y descuidado en su alma: grande, bastante asertivo y de apariencia maleducada; pero, de hecho, no maleducado en absoluto, solo un poco amargo y bastante indiferente a su entorno. A primera vista parecía tan común y parvenu . Y luego uno tenía que darse cuenta de que era miembro de un gran y viejo imperio, caído en una especie de epicureísmo, y un poco amargo. No había pequeñez, ni mezquindad, ni verdadera grosería. Pero era un gran conversador, e implacable con su audiencia.

Hannele se sintió atraída hacia él por su charla. Él empezó tan pronto como apareció la cena: y siguió, llevando la jarra y la copa de vino con él al balcón de la villa, sobre el lago, una y otra vez hasta la medianoche. La noche de verano era tranquila y cálida: el lago yacía profundo y lleno, y la vieja ciudad centelleaba a lo lejos al otro lado. Había el más leve toque de nieve en el aire, de los grandes picos glaciares que estaban ocultos en la noche enfrente. A veces un bote con una linterna rasgueaba una guitarra. Las flores de clemátide eran completamente negras, como hojas, colgando de la terraza.

Era tan hermoso, allí en el corazón mismo del Tirol. Los hoteles brillaban con luces: la luz eléctrica aún era barata. Parecía haber una plenitud y una belleza en la noche. Y sin embargo, por alguna razón, todo era terrible y devastador: el espíritu de la vida parecía estar retorciéndose, sangrando todo el tiempo.

Y seguía y seguía hablando el Herr Regierungsrat , con toda la ingeniosa volubilidad del austriaco más versátil. Era realmente muy ingenioso, muy humano, y con un toque de cinismo salado que recordaba a un verdadero viejo romano del Imperio. Ese sutil estoicismo, ese epicureísmo no sentimental, esa especie de desesperanza imprudente, por supuesto, fascinaba a las mujeres. Y particularmente a Hannele. Él hablaba sin parar: sobre su trabajo antes de la guerra, cuando ocupaba un puesto importante y era uno de la clase gobernante; luego sobre la guerra; luego sobre la desesperanza del presente: y en todo ello parecía haber una grandeza, un descuido basado en la indiferencia y la desesperanza que se reía de sí misma. La verdadera vieja Austria siempre había fascinado a Hannele. Tal como estaba representada en el ingenioso, amargo e indiferente Herr Regierungsrat , la arrebatada.

Y él, por supuesto, se volvía instintivamente hacia ella, hablando a su manera rápida e incesante, con una risa y una pausa para beber y un nuevo comienzo. A ella le gustaba el sonido de su habla austriaca: su descuido picante, su indiferencia salada a los estándares de corrección. Oh, sí, aquí estaba el grand geste aún perdurando.

Él volvía su gran pecho hacia ella, y hacía un gesto rápido con su mano gorda y bien formada, soltaba otro romance sutil y de apariencia tosca, fruncía la boca y vaciaba su copa una vez más. Luego miraba su cigarro medio olvidado y empezaba de nuevo.

Había algo casi infantil e impulsivo en él: la forma en que se volvía hacia ella, y la extraña forma en que parecía abrirle su gran pecho. Y de nuevo parecía casi eterno, sentado allí en su silla con las rodillas plantadas separadas. Era como si nunca fuera a levantarse de nuevo, sino que permanecería sentado para siempre, y hablando. Parecía como si no tuviera piernas, salvo para sentarse. Como si estar de pie y caminar no fuera natural para él.

Sin embargo, se levantó por fin, y besó la mano de ella con el gran gesto que Francia o Alemania nunca han adquirido: descuido, profunda indiferencia a los estándares de otras personas, y luego una quietud tan repentina, mientras se inclinaba y besaba su mano. Por supuesto, ella se sintió una reina en el exilio.

Y quizá es más peligroso sentirse una reina en el exilio que una reina in situ . Ella se enamoró de él, de este viudo grande, gordo y fofo de cincuenta

años, con dos hijos. Él no tenía dinero excepto algún dinero austriaco que no valía nada fuera de Austria. Ni siquiera podía ir a Alemania. Allí estaba, fijo en esta hondonada en medio del Tirol.

Pero tenía una ambición todavía, viejo romano de la decadencia como era. Había recopilado año tras año y sin hacer ningún alboroto el material para una historia muy minuciosa y completa de su propio distrito: el Chiemgau y el Pinzgau. Hannele descubrió que su fondo de información sobre este tema era inagotable, y su inteligencia era tan delicada, tan humana, y su alcance parecía tan amplio, que sintió un toque de reverencia por él. Él quería escribir esta historia. Y ella quería ayudarlo.

Porque, por supuesto, tal como estaban las cosas, él nunca la escribiría. Era *Regierungsrat* : es decir, era el pequeño gobernador local de su ciudad y distrito inmediato. El *Amthaus* era un gran edificio antiguo, y allí señoritas con tacones altos coqueteaban entre masas de papeles con caballeros jóvenes de rodillas desnudas en traje tirolés, y ocasionalmente se separaban para adoptar una actitud agradable e interesante y escribir una palabra o dos, tras lo cual revoloteaban juntos para una diversión un poco más interesante. Era extraordinario cuántos jóvenes bien contruidos y guapos, de una edad apta para nada más que aventuras amorosas, dirigían el negocio gubernamental de este departamento. Y el *Herr Regierungsrat* entraba y salía navegando de la gran sala antigua, con su ancho abrigo volando como alas y haciendo revolotear los papeles, con su cara de viejo romano bastante enrojecida por el vino sonriendo con su mirada amarga. Y por supuesto era una agudeza lo primero que pronunciaba, incluso si Hungría estaba invadiendo la frontera o el cólera estaba en Viena.

Cuando estaba sobre sus piernas, caminaba ágilmente, con brío, y los falzones de su abrigo siempre volaban. Así ondeaba a través de la ciudad, saludando a alguien cada pocos pasos y sonriendo, y sin embargo con una cierta reserva altiva. Oh, sí, había una cierta *hauteur* salada en él que hacía que la gente confiara en él. Y hablaba la lengua vernácula con tanta gracia.

Hannele sintió que le gustaría casarse con él. Le gustaría estar cerca de él. Le gustaría que él escribiera su historia. Le gustaría que él la hiciera sentir una reina en el exilio. Nadie había besado nunca del todo su mano como él la besaba: con esa repentina quietud y extraño abandono caballeresco de sí mismo. ¡Cómo se abandonaría él a ella!... terriblemente... maravillosa-

mente... tal vez un poco horriblemente. Su mujer, con quien se había casado tarde, había muerto después de siete años de matrimonio. Hannele podía entender eso también. Uno o el otro debía morir.

Se comprometió. Pero algo la hizo dudar antes del matrimonio. Estar en Austria era como estar en un barco naufragado que debe hundirse después de un cierto corto periodo de tiempo. Y casarse con el Herr Regierungsrat era como casarse con el capitán condenado del barco condenado. La sensación de fatalidad era parte de la atracción.

Y sin embargo ella dudaba. Las semanas de verano pasaron. Los extraños inundaron y abarrotaron la ciudad, y se comieron la comida como langostas. La gente ya no contaba el papel moneda, lo pesaba por kilogramos. Los campesinos lo guardaban en un rincón del arcón de la harina, y los ratones venían y le hacían agujeros royendo. Nadie sabía de dónde iba a venir el siguiente lote de comida: sin embargo, siempre venía. Y el lago rebosaba de bañistas. Cuando llegó el capitán, miró con asombro a las multitudes de tipos fornidos y poderosos que se bañaban todo el día, magnífica carne rubia de hombres y mujeres. No es de extrañar que los viejos romanos se quedaran atónitos ante los enormes miembros rubios de la salvaje Germania.

Bueno, la vida era como una locura. Los hoteles cobraban mil quinientas coronas al día: las mujeres, viejas y jóvenes, desfilaban con el traje campesino, con vestidos de algodón floreado con delantales de seda chillones y caros: los hombres llevaban el traje tirolés, rodillas desnudas y chaquetitas cortas. Y para los hombres, lo correcto era tener los calzones de cuero y la chaqueta de lino azul lo más viejos posible. Si tenías un agujero en tu asiento de cuero, tanto mejor.

Todo tan físico. Tales miembros magníficos desnudos y cuerpos desnudos, y en las calles, en los hoteles, en todas partes, brazos blancos y desnudos de mujeres y rodillas y muslos desnudos, morenos y poderosos de hombres. La sensación de carne en todas partes, y el dolor interminable de la carne. Incluso en los campesinos que remaban a través del lago, de pie y remando con un movimiento lento y pesado de gondolero en el único remo curvo, había el mismo dolor interminable de anhelo físico.

## XIII

Era agosto cuando Alexander se encontró con Hannele. Ella caminaba bajo una sombrilla de cretona, llevando un vestido de algodón azul con pequeñas rosas rojas y un delantal de seda roja. No llevaba sombrero, sus brazos estaban desnudos y suaves, y llevaba medias blancas bajo su vestido corto. El Herr Regierungsrat estaba a su lado, grande, ágil y riendo con una nueva agudeza.

Alexander, con un traje ligero de verano y sombrero Panamá, acababa de salir del banco, metiéndose veinte mil coronas en el bolsillo. La vio venir desde el Amtsgericht, con el Herr Regierungsrat a su lado, cruzando el espacio de sol. Ella se reía y no lo notó.

No lo notó hasta que él se hubo quitado el sombrero y la estaba saludando. Entonces lo que vio fue la cabeza negra, lisa y brillante, y palideció. Su cabeza negra, lisa y cerrada... y todo el día azul austriaco pareció marchitarse ante sus ojos.

— ¡Cómo está usted, condesa! Esperaba encontrarla.

Ella oyó de nuevo su voz lenta, de triste tañido y errante, y presionó su mano con el mango de la sombrilla contra su pecho. La había olvidado... olvidado su voz peculiar y lenta. Y ahora parecía como un ruido que suena en el silencio de la noche. Ah, qué difícil era, que de repente el mundo pudiera partirse bajo sus ojos y mostrar esta oscuridad interior. Deseó que él no hubiera venido.

Le presentó al Herr Regierungsrat, que estuvo rígido y frío. Ella preguntó dónde se alojaba el capitán. Y entonces, no sabiendo qué más decir, dijo:

— ¿No quiere venir a tomar el té?

Ella se alojaba en una villa al otro lado del lago. Sí, él iría a tomar el té.

Fue. Alquiló un bote y a un hombre para que lo cruzara remando. No estaba lejos. Allí se alzaba la villa, con sus balcones marrones uno sobre otro, los geranios rojo brillante y geranios blancos centelleando alrededor, las plantas de clemátide púrpura cayendo en una esquina. Todas las puertas ventana verdes estaban abiertas: pero no había nadie por allí. En el pequeño jardín al borde del agua, los rosales eran altos y larguiruchos, estirados por los árboles verde oscuro del fondo. Una mesa blanca con sillas y asientos de jardín estaba bajo la sombra de un gran sauce, y una hamaca con cojines se mecía justo detrás. Pero nadie a la vista. Había un pequeño muelle hacia el jardín: y un cobertizo para botes bastante grande al final del jardín.

El capitán no estaba seguro de que el cobertizo perteneciera a la villa. Voces gritaban y reían desde la superficie del agua, bañistas nadando. Un joven alto y desnudo con un gorrito rojo en la cabeza y un diminuto taparrabos rojo alrededor de sus esbeltas caderas jóvenes estaba de pie en los escalones del cobertizo llamando a las tres mujeres que nadaban cerca. La mujer de pelo oscuro con el gorro blanco nadó hasta los escalones y agarró al chico por el tobillo. Él gritó y rio y protestó, y le dio un toque en el pecho con el pie.

— ¡Nein, nein, Hardu ! — gritó ella mientras él le hacía cosquillas con el dedo del pie—. ¡ Hardu! ¡Hardu! ¡Hör' auf ! ¡Déjalo! —y ella cayó con estrépito de espaldas al agua. El joven rio con una risa fuerte y profunda de muchacho a quien le acaba de cambiar la voz.

— ¿ Was macht er dann ? — gritó una voz desde las aguas—. ¿Qué está haciendo? —Era una chica de piel oscura nadando velozmente, con sus grandes ojos oscuros observando divertida desde la superficie del agua.

— Jetzt Hardu hör' auf. Nein. Jetzt ruhig ! Ahora déjalo. Ahora estate quieto. —Y la mujer de piel oscura salía trepando al sol sobre los pálidos escalones de madera cruda del cobertizo, el agua brillando en su espalda y caderas de punto azul oscuro y suavemente moldeadas; mientras el chico, con el pie estirado, intentaba empujarla de vuelta al agua. Ella salió trepando, sin embargo, y se sentó en los escalones al sol, jadeando ligeramente. Era morena y de aspecto atractivo, con una figura hermosa y madura, y hermosas y fuertes piernas de mujer.

En el jardín apareció una criada vestida de blanco y negro con una bandeja.

— ¡Kaffee, gnädige Frau !

La voz llegó muy clara sobre el agua.

— ¡Hannele! ¡Hannele! ¡Kaffee! — llamó la mujer en los escalones de la casa de baños.

— ¡Tante Hannele! ¡Kaffee! — llamó la chica de ojos oscuros, dándose la vuelta en el agua, y nadando luego hacia casa.

— ¡Kaffee! ¡Kaffee! — rugió el joven, anticipándose.

— ¡Ja-a! Ich kom-mm — cantó la voz de Hannele desde el agua.

La chica de ojos oscuros, con el pelo atado en un pañuelo de seda, había alcanzado los escalones y estaba saliendo, un pez joven y delgado en su traje oscuro y ajustado. Los tres permanecieron agrupados en los escalones, la mujer mayor con un brazo sobre los hombros desnudos del joven, el otro brazo sobre los hombros de la chica. Y todos a coro cantaron:

— ¡Hannele! ¡Hannele! ¡Hannele! Wir warten auf dich .

El barquero había dejado de remar, y el bote derivaba lentamente hacia dentro. La familia se calló, debido a la intrusión. La mujer de aspecto atractivo se volvió y recogió su albornoz azul, de un color azul medio que le sentaba bien. Se lo echó alrededor como si fuera una capa de ópera. El joven miró fijamente al bote.

El capitán estaba observando a Hannele. Con un pañuelo blanco atado alrededor de su pelo sedoso y castaño, ella nadaba hacia casa. Él vio sus hombros blancos y sus piernas blancas y oscilantes abajo en el agua clara. Alrededor del bote los peces saltaban de repente.

Los tres en los escalones más allá permanecían en silencio, observando el bote intruso con resentimiento. El barquero giró la cabeza y los observó. El capitán, que estaba frente a ellos, observaba a Hannele. Ella nadó lenta y fácilmente, agarró la barandilla de los escalones y, inclinándose hacia delante, salió trepando lentamente del agua. Sus piernas eran grandes y de un blanco destellante y parecían ricas, los ricos muslos blancos con las venas azules detrás, y la plena y rica suavidad de sus caderas inclinadas.

— ¡Ach! ¡Schön! 'S war schön! Das Wasser ist gut — se oyó su voz, medio cantando mientras tomaba aliento—. Estaba adorable.

—Heiss —dijo la mujer arriba—. Zu warm. Demasiado caliente.

El joven dejó paso a Hannele, que se irguió en lo alto de los escalones, mirando alrededor, jadeando un poco y llevándose las manos al nudo de su pañuelo en la cabeza. Sus piernas eran magníficas y blancas.

—Kuck de Leut, die da bleiben —dijo la mujer de la capa azul, en voz baja—. Mira a la gente parada ahí.

—¡Ja! —dijo Hannele con negligencia. Luego miró. Se sobresaltó como con miedo, miró alrededor, como para huir, miró hacia atrás de nuevo, y se encontró con los ojos del capitán, que se quitó el sombrero.

Ella gritó con voz fuerte y asustada:

—¡Oh, pero... pensé que era mañana!

—No... hoy —llegó la voz tranquila del capitán sobre el agua.

—¡Hoy! ¿Está seguro? —gritó ella, llamando al bote.

—Completamente seguro. Pero lo dejaremos para mañana si lo prefiere —dijo él.

—¡Hoy! ¡Hoy! —repitió ella con perplejidad—. ¡No! Espere un minuto. —Y corrió dentro del cobertizo.

—¿Was ist es? —preguntó la mujer morena, siguiéndola—. ¿Qué pasa?

—Un amigo... una visita... el capitán Hepburn —llegó la voz de Hannele.

El barquero remó ahora lentamente hasta el embarcadero. La mujer morena, envuelta en su capa azul como en una capa de ópera, caminó orgullosa y despreocupada a través del fondo del jardín y subió los escalones hasta el primer balcón. Hannele, arrastrando los pies en unas zapatillas sueltas, aferrando una vieja capa amarilla a su alrededor, llegó al embarcadero y le estrechó la mano.

—Lo siento mucho. Es tan estúpido por mi parte. Estaba segura de que era mañana —dijo ella.

—No, era hoy. Pero desearía por su bien que hubiera sido mañana —respondió él.

—No. No. No importa. No le importará esperar un minuto, ¿verdad? No debe enfadarse conmigo por ser tan estúpida.

Así que se fue, las zapatillas sin talón chancleteando contra sus talones desnudos. Luego la chica de ojos grandes y oscuros se deslizó dentro de la casa: y luego el joven desnudo, que fue con sang-froid . Sería un hombre fino y guapo: y lo sabía.

## XIV

Hepburn y Hannele iban a hacer una pequeña excursión al glaciar que se alzaba allí siempre a la vista, sonriendo fríamente en el cielo. El tiempo había sido muy caluroso, pero esta mañana había nubes sueltas en el cielo. El capitán cruzó el lago a remo poco después del amanecer. Hannele subió a la pequeña embarcación y remaron de vuelta a la ciudad. Había un viento rizando el agua, de modo que el bote saltaba y reía. El glaciar, en un receso entre las montañas plegadas, parecía frío y enfadado. Pero la mañana era muy dulce en el cielo, y soplaba muy dulce con un leve aroma del segundo heno desde las tierras bajas en la cabecera del lago. Más allá se alzaba la roca gris desnuda como un muro de montañas, roca pura, con tenues y finas cuchilladas de nieve. Ayer había llovido en el lago. El sol iba a aparecer desde detrás del Breitsteinhorn; el cielo, con sus nubes flotando en luz azul y resplandor amarillo, era adorable y alentador de nuevo. Pero nubes oscuras parecían brotar del valle de Pinzgau. Y una vez cruzado el lago, todo era sombra, cuando el agua ya no devolvía la mañana del cielo.

El día era festivo, un día de fiesta. Ya tan temprano tres hombres jóvenes de las montañas se estaban bañando cerca de los escalones del Badeanstalt . Tipos guapos y físicos, con buenos miembros rodando y balanceándose en el agua de la mañana temprana. Parecían disfrutarlo también. Pero para Hepburn era siempre como si un ala oscura estuviera extendida en el cielo,

sobre estas montañas, como una fatalidad. Y estos tres hombres jóvenes, vigorosos y desnudos nadando y rodando en la sombra.

El de Hepburn era el primer bote en movimiento. Amarró en el cobertizo del hotel, y él y Hannele fueron a la pequeña ciudad. Estaba profunda en la sombra, aunque la luz del cielo, cuajada de nubes, era brillante arriba. Pero oscura, fría y pesada yacía la sombra en la ciudad blanca y negra, como un sedimento.

Las tiendas estaban todas cerradas, pero los campesinos de las colinas ya estaban paseando con su traje de fiesta: los hombres con sus pantalones cortos de cuero, como calzones de fútbol, y rodillas desnudas marrones y grandes botas: sus chaquetitas grises con vueltas verdes, y sus sombreros verdes con la orgullosa escobilla de gamuza detrás. Parecían deambular como almas perdidas, y la orgullosa escobilla de gamuza detrás de sus sombreros, esa cola orgullosa, engreída y erguida, como un macho cabrío de montaña con la cola levantada, era desmentida por la mirada de alma perdida de los hombres, mientras holgazaneaban con las manos metidas en los bolsillos delanteros de sus pantalones. Algunas mujeres también se arrastraban por ahí: mujeres campesinas, con los curiosos sombreritos negros que tenían oro grueso bajo el ala y largas cintas negras, ancha cinta negra de ondas de agua que partía de un lazo bajo el ala por detrás y fluía hasta el borde de la falda. Estas mujeres, con sus vestidos gruesos y oscuros de corpiños ajustados y faldas macizas, pesadas y amplias, y delantales brillantes u oscuros, caminaban con la zancada pesada de las mujeres de montaña, el movimiento pesado, rápido e inclinado hacia delante. Estaban esperando a que el día de la ciudad comenzara.

Hepburn llevaba una mochila a la espalda, con comida para el día. Pero faltaba pan. Encontraron la puerta de la panadería abierta y consiguieron una hogaza: una hogaza larga y caliente de pan blanco puro, pan maravillosamente dulce. Costó setenta coronas. Para Hepburn siempre era un misterio de dónde venía este pan exquisito, en una tierra perdida.

En la pequeña plaza donde estaba el reloj había grupos de gente, y un gran ómnibus a motor, y un automóvil en el que cabían unas ocho personas. Hepburn había pagado sus setecientas coronas por los dos billetes. Hannele se ató la cabeza en un pañuelo fino y se puso su abrigo grueso. Ella y Hepburn se sentaron delante junto al conductor de gorra de visera. Y a las siete

en punto salió el coche, lanzándose fuera de la ciudad, pasando el hermoso y antiguo Schloss tirolés, o casa señorial, blanco y negro, con sus pequeñas agujas negras apuntando hacia arriba, pasando la estación y bajo los árboles junto a la orilla del lago. La carretera no era buena, pero corrían a gran velocidad, saliendo más allá del final del lago, donde crecían los juncos, hacia la boca abierta del valle, donde las montañas se abrían en dos hendiduras. Hacía frío en el coche. Hepburn se abrochó hasta la garganta y se caló el sombrero sobre las orejas. El pañuelo de Hannele ondeaba. Ella estaba sentada sin decir nada, erguida, con el rostro fino y agudo, mirando hacia delante. Del profundo valle de Pinzgau venía el río rugiendo y bramando, un río glacial de agua helada pálida y hirviente. El coche pasó por encima, sobre el puente de troncos, lanzándose hacia las grandes laderas de enfrente. Y luego un repentino giro inmenso, un viraje bajo la altura de la ladera de la montaña, y de nuevo una sacudida veloz hacia delante, bajo los perales de la carretera principal, pasando el gran castillo antiguo en ruinas que tan magníficamente vigilaba la boca del valle, y el río espumoso; adelante, corriendo bajo los enormes tejados de balcones de las casas campesinas de un pueblo, luego girando de nuevo para tomar otra boca del valle, allí donde un pueblecito se agrupaba todo blanco y negro en un montículo, con una iglesia blanca que tenía un campanario negro, y un castillo blanco con agujas negras, y amplias casas blancas y negras agrupadas del Tirol. Hay una grandeza incluso en las casas campesinas, con sus grandes y anchos vestíbulos de paso donde las golondrinas construyen, y donde uno podría construir una casa de campo inglesa entera.

Así el automóvil se lanzó por este nuevo valle, estrecho, más salvaje, más siniestro. Una manada de caballos jóvenes casi salvajes, hermosas cosas rojizas, irrumpió alrededor del coche, y una gran yegua de flancos llenos se fue estrellando carretera arriba delante, sus cascos relampagueando hacia el coche, mientras su potro relinchaba y chillaba desde atrás. Pero no, ella no podía apartarse de la carretera. Una y otra vez se estrellaba, forjando camino, el coche detrás de ella. Y entonces, por fin, se desvió a un lado, entre los delgados alisos junto al lecho del río salvaje.

— Si no es una vaca, es un caballo — dijo el conductor, que era delgado y parecido a una comadreja y silencioso, con las orejeras sobre las orejas.

Pero la gran yegua se había sacudido en un viraje salvaje, y chillando y relinchando se estaba lanzando de vuelta hacia su potro. Hannele se había

asustado.

El coche siguió corriendo, a través de prados inundados, a lo largo de un trozo de carretera de montaña desnuda y blanca. Delante había una oscuridad de frente de montaña y pinos. A la derecha estaba el río pedregoso, furioso, leonino, de color leonado aquí, y la pendiente hacia arriba más allá. Pero la carretera por el momento oscilaba bastante nivelada a través de los aturdidos prados inundados del valle salvaje. Había puertas que abrir, y Hepburn saltaba abajo para abrirlas, como si fuera el mozo. Los judíos pesados de la clase equivocada, sentados detrás, por supuesto no se movían.

En una casa sobre un montículo el conductor hizo sonar su bocina, y salieron corriendo niños gritando ¡Papá! ¡Papá!... luego una mujer con una cesta. Unas pocas palabras breves del hombre comadreja, que sonrió con cálidos y varoniles ojos azules a sus hijos, y luego el coche saltó hacia delante. Todo el porte del hombre era tan diferente cuando miraba a su propia familia. Ni siquiera podía decir gracias cuando Hepburn abría las puertas. Odiaba e incluso despreciaba su carga humana de gente de clase media. Profundo, profundo es el odio de clase, y empieza a tragar todo sentimiento humano en su abismo. Así, rígido, silencioso, delgado, capaz y neutro hacia sus pasajeros, se sentaba el pequeño conductor con las orejeras sobre las orejas y su fina nariz fría.

El coche giró, repentinamente, hacia los árboles: y hacia el barranco. El río gritaba en el fondo de un abismo. Pinos erizados se alzaban alrededor. El aire era negro y frío y eternamente sin sol. El automóvil siguió corriendo, en esta negrura bajo las paredes de roca y los abetos.

Entonces se detuvo de repente. Había un enorme ómnibus a motor delante, pardo y de aspecto descomunal. Turistas y excursionistas de la noche anterior que volvían del glaciar. Se alzaba como una gran roca. Y el automóvil más pequeño se deslizó pasando, inclinándose hacia la cuneta de roca bajo la cara de piedra.

Así, después de un rato de este valle de sombra de muerte, dando bandazos en bucles empinados hacia arriba, el automóvil trepando maravillosamente, luchando pasando árboles y rocas hacia arriba, por fin llegaron al final. Era una enorme posada u hotel turístico de madera marrón: y aquí la carretera terminaba en una pequeña bahía ancha rodeada y cubierta por árboles. Más allá había un garaje y un puente sobre un río rugiente: y siempre

la oscuridad cubierta de árboles y las insoportables laderas empinadas inmediatamente encima.

Hannele dejó su gran abrigo. El cielo parecía azul sobre la penumbra. Se pusieron en marcha a través del puente de sonido hueco, sobre la eterna carrera loca de agua helada, hacia la subida inmediata del sendero, bajo árboles oscuros. Pero un hombrecito viejo en una especie de garita quería cincuenta o sesenta coronas: aparentemente para el mantenimiento del camino, una especie de peaje.

Los otros turistas venían... algunos parando para tomar un trago primero. El segundo ómnibus aún no había llegado. Hannele y Hepburn eran los dos primeros, pisando lentamente por ese sendero oscuro, bajo los árboles. Las hierbas que colgaban en la cara de la roca estaban todavía cubiertas de rocío. Había unas pocas frambuesas silvestres, y un diminuto mechón de arándanos con bayas negras aquí y allá, y unos pocos mechones de arándanos rojos inmaduros. Los muchos cientos de turistas que pasaban arriba y abajo no dejaban mucho para recoger. Algunas campanillas de montaña, como campanas de agua azul, colgaban fríamente brillando en su oscuridad. A veces la campanilla de montaña peluda, azul pálido y erizada, se alzaba sola, curvando su cabeza justo hacia abajo, rígida y tensa. Había una gran margarita ocasional, húmeda y lánguida.

Así los dos subían lentamente por la empinada cornisa de un camino. Este valle era solo una hendidura de montaña, hendida a plomo en la roca dura y viva, con árboles negros como pelo floreciendo en este lugar secreto y desnudo de la tierra. En el fondo de la cuña abierta rugía para siempre el agua desenfrenada e insaciable. El cielo desde arriba era como una cuña afilada forzando su camino en la hendidura de la tierra, y esa eterna agua feroz era como el filo de acero de la cuña, la punta terrible mordiendo en la intensidad de las rocas. ¿Quién podría haber pensado que el suave cielo de luz y la suave espuma de agua podrían empujar y penetrar en la tierra oscura y fuerte? Pero así era. Hannele y Hepburn, trabajando duro en la empinada cornisa de un camino que colgaba a medio camino del abismo, miraban atrás, una y otra vez, hacia abajo sobre las maderas marrones y los tejados de guijarros del hotel, que ahora, lejos abajo, parecían húmedos y encajados como cantos rodados. Luego atrás a los siguientes turistas luchando hacia arriba. Luego abajo al agua, que corría como una bestia de presa. Y luego, mientras subían más alto, miraban arriba también a los lívidos grandes

costados de roca, roca lívida y desnuda que se inclinaba desde la cresta del cielo en un horrible viraje a plomo hacia abajo.

En lo más profundo de su corazón Hepburn lo odiaba. Lo odiaba, lo detestaba, le parecía casi obscuro, este deslizamiento lívido y desnudo de roca, impensablemente enorme y macizo, deslizándose hacia este abismo donde los arbustos crecían como pelo en la oscuridad y el agua rugía. Arriba, había finas cuchilladas de nieve.

Así los dos seguían subiendo lentamente, por el lado eterno de ese valle, sudando con el esfuerzo. A veces el sol, ahora alto, brillaba de lleno en su lado del barranco. Turistas bajaban goteando colina abajo también: dos doncellas con brazos desnudos y cabezas desnudas y botas enormes: hombres turistas con grandes mochilas y edelweiss en sus sombreros: dando Bergheil como saludo. Pero el capitán decía Buenos días. Rehusaba este asunto del Bergheil. La gente pululando turísticamente en estas horribles montañas le hacía sentir casi enfermo.

Él y Hannele tampoco estaban en buena compañía juntos. Había una especie de hostilidad silenciosa entre ellos. Ella odiaba el esfuerzo de escalar; pero el aire alto, el frío en el aire, el sonido salvaje de aullido de gato del agua, esos terribles flancos de roca lívida, todo esto la estremecía y excitaba hacia otro tipo de salvajismo. Y él, oscuro, bastante esbelto y felino, con algo de la suavidad física de una raza de pies delicados, odiaba abrirse camino roca arriba, odiaba el sonido del agua, le asustaba, y el aire alto le golpeaba en el pecho, como una víbora.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —gritaba ella, tomando grandes alientos en su espléndido pecho.

—Sí. Y horrible. Detestable —decía él.

Ella se volvió con un destello, y el alto sonido estridente de la montaña en su voz.

—Si no te gusta —dijo ella, más bien burlona—, ¿por qué viniste?

—Tenía que intentarlo —dijo él.

—Y si no te gusta —dijo ella—, ¿por qué deberías intentar estropeármelo a mí?

—Lo odio —respondió él.

Estaban subiendo más hacia la altura, más hacia la luz, hacia el espacio abierto, a pleno sol. La hendidura del valle se estaba hundiendo debajo de ellos. Enfrente estaba solo el deslizamiento a plomo y lívido de la roca desnuda, volcándose desde el cielo puro. En cierto ángulo podían ver a lo lejos más allá el lago yaciendo muy lejos y pequeño, el muro de esas otras rocas como una cortina de piedra, tenue y disminuido hacia el horizonte. Y el cielo con nubes cuajadas y sol azul intermitente.

—Maravilloso, maravilloso, estar en lo alto —dijo ella, respirando grandes alientos.

—Sí —dijo él—. Es maravilloso. Pero muy detestable. Quiero vivir cerca del nivel del mar. No soy un cumbre.

—Evidentemente no —dijo ella.

—¡ Bergheil ! —gritó un joven con brazos desnudos y pecho desnudo, cabeza desnuda, botas de colmillos terroríficos, una mochila y un alpenstock, y todo el viento bronceado y el sol de la nieve de montaña en su piel y su pelo débilmente decolorado. Con su gran mochila pesada, sus medias gruesas arrugadas, sus botas de colmillos espantosos, Hepburn lo encontró repulsivo.

—Guten Tag —respondió fríamente.

—Grüss Gott —dijo Hannele.

Y el joven Tannhäuser, el joven Sigfrido, este joven Balder hermoso pasó bajando las rocas a zancadas, marchando y balanceándose con su alpenstock. E inmediatamente después del joven vino una doncella, con el pelo al viento y el pecho de la camisa abierto, dando zancadas en calzones de pana, medias de estambre arrugadas, botas gruesas, una mochila y un alpenstock. Pasó sin saludar. Y nuestra pareja se detuvo en silencio enfadado y la observó dejándose caer por la ladera de la montaña.

Ah, bueno, todo llega a un fin, incluso la subida más larga. Así, tras mucho sudor y esfuerzo y enfado, Hepburn y Hannele emergieron en el promontorio redondeado donde el camino salía serpenteando de esa horrible gran hendidura del valle hacia regiones superiores. Así emergieron más en el llano, fuera de los árboles como de algo horrible, sobre un gran banco desnudo de roca y hierba.

— ¡Gracias a Dios! — dijo Hannele.

Así caminaron pesadamente alrededor del promontorio, y luego frente a ellos vieron lo que es siempre, siempre maravilloso, uno de esos valles superiores poco profundos, desnudos, donde las primeras aguas son mecidas. Un valle plano, poco profundo, totalmente desolado, ancho como un cuenco ancho bajo el cielo, con laderas de roca y deslizamientos de piedra gris y precipicios todo alrededor, y el zig-zag de rayas de nieve y raíces de hielo descendiendo, y luego ríos, arroyos y ríos corriendo desde muchos puntos hacia abajo, abajo fuera de las raíces de hielo y las puntas de daga de nieve, aguas corriendo en frenesí recién liberado hacia abajo, abajo en cascadas y saltos de agua e hilos, abajo hacia el lecho ancho y poco profundo del valle, sembrado de rocas y piedras innumerables, y ni un árbol, ni un arbusto visible.

Solo, por supuesto, dos hoteles o lugares de restaurante. Pero estos no más que lugares bajos, desparramados, de aspecto campesino perdidos entre las piedras, con piedras en sus tejados de modo que parecían solo una parte del lecho del valle. Allí estaba el valle, salpicado de roca y piedra rodada, y estos dos lugares-casa, y tejido con innumerables aguas nuevas, y un río ronco de rastro de piedra en el desierto, y el fino rastro de camino serpenteando a lo largo del llano desolado, pasando primero una casa, luego la otra, sobre un arroyo, luego otro, hacia la cara de roca lejana sobre la cual el glaciar parecía colgar lánguidamente como alguna lengua enorme y terrible sacada fuera.

— ¡Ah, es maravilloso! — dijo él, como para sí mismo.

Y ella miró rápidamente a su cara, vio la extraña mirada en blanco, de esfinge, con la que él miraba más allá de sí mismo. Sus ojos eran negros y fijos, y él parecía tan inmóvil, como si fuera eterno frente a estos hechos superiores.

Ella se estremeció de triunfo. Sintió que él estaba vencido.

—Es maravilloso —dijo ella.

—Maravilloso. Y por siempre maravilloso —dijo él.

—Ah, en invierno... —gritó ella.

La cara de él cambió, y la miró.

—En invierno no podrías subir aquí —dijo él.

Siguieron adelante. Arriba en las laderas el ganado estaba pastando: llegaba ese aislado tong-tong-tong de cencerros, cayendo como el lento tintineo de hielo en el aire detenido. El sonido siempre despertaba en él una melancolía primigenia, casi desesperada. Siempre le hacía sentirse navré . Miró alrededor. No había árbol, ni arbusto, solo grandes rocas grises y pálidos cantos rodados esparcidos en lugar de árboles y arbustos. Pero sí, aferándose a un lado como una barba oscura y tupida estaban los arbustos de rosa alpina.

—En mayo —dijo él—, ese lado de ahí debe de estar todo rosa con rosas alpinas.

—Debo venir. ¡Debo venir! —gritó ella.

Había turistas salpicados a lo largo del camino: y dos carritos bajos diminutos tirados por mulas sedosas de largas orejas. Estos carros bajaban hasta abajo para encontrarse con los automóviles, y para subir provisiones para el Hotel del Glaciar: pues había aún otro gran hotel delante. Hepburn era feliz en ese valle superior, esa primera cuna mecedora de agua temprana. Le gustaba ver los grandes colmillos y cuchilladas de hielo y nieve empujados hacia abajo en la roca, como si el hielo hubiera mordido en la carne de la tierra. Y desde las puntas de los colmillos el agua ronca gritando su grito de nacimiento, corriendo hacia abajo.

Junto al camino de césped y bajo las rocas había muchas flores: maravillosas campanillas, grandes y frías y oscuras, casi negras, y pareciendo como hielo púrpura oscuro: luego pequeños mechones de diminutas campanillas azul pálido, como si alguna rana hada hubiera estado soplando burbujas de espuma fuera del hielo: luego el báculo de obispo de la campanilla de montaña rígida, más grande y peluda: luego muchas estrellas de genciana lavanda pálido, tocadas con color tierra: y luego acónito, amarillo, acónito amar-

illo prímula y lugares repentinos llenos de acónito oscuro. Ese color azul oscuro, azul negro, terrible, del extraño y rico acónito hacía que Hepburn mirara y mirara y mirara de nuevo. ¿Cómo adquiriría el hielo esa lustrosa oscuridad púrpura azul intensa?... ¿y ese veneno real?... esa suntuosidad de serpiente riente de tanto acónito.

## XVI

Junto a uno de los arroyos ruidosos, bajo una roca al sol, con flores perfumadas de menta o tomillo cerca, se sentaron a comer algo de almuerzo. Eran alrededor de las once. Una abeja delgada entraba y salía de las flores perfumadas y la eufrasia. El agua se vertía con toda la lujuria y codicia de agua desatada sobre las piedras. Él tomó una taza llena para Hannele, brillante y helada, y ella la mezcló con el vino tinto húngaro.

Carretera abajo vagaban los turistas como peregrinos, y en el extremo cerrado del valle se les podía ver, muy diminutos, subiendo el camino cortado que subía como una escalera. Solo por sus movimientos se les percibía. Pero en el lecho del valle iban como piedras rodantes, pequeños como piedras. Una mula muy elegante pasó pisando, siguiendo a una mujer de mediana edad vestida de tweed y a un hombre alto de frente despejada en bombachos. La mula tiraba de un carrito muy divertido, una silla, más bien como una silla de oficina redonda tapizada en terciopelo rojo, y montada sobre dos ruedas. El terciopelo rojo se había vuelto dorado y naranja y como jugo de fruta, siendo viejo: realmente un color encantador. Y el mulero, una criaturita andrajosa, se anadeaba al lado excitadamente.

— ¡Ach! — gritó Hannele —. Eso parece casi como antes de la guerra: casi tan pacífico.

—Excepto que la silla es demasiado andrajosa, y que todos se sienten excepcionales —comentó él.

Allí en ese valle superior no había sensación de paz. La carrera de las aguas parecía como armas, y los turistas parecían todos en una especie de frenesí, en un frenesí por ser felices, o por estar emocionados. Era un sentimiento que desolaba el corazón.

Los dos se sentaron bajo el sol cambiante bajo su roca, con las flores de montaña perfumando el aire amargo de nieve, y comieron sus huevos y salchicha y queso, y bebieron el vino tinto húngaro brillante. Parecía adorable: casi como antes de la guerra: casi la misma sensación de vacaciones eternas, como si el mundo estuviera hecho para las vacaciones eternas del hombre. Pero no del todo. Nunca más del todo lo mismo. El mundo no está hecho para las vacaciones eternas del hombre.

Mientras Alexander estaba guardando el pan de vuelta en su saco de hombro, exclamó:

—¡Oh, mira esto!

Ella miró, y vio que sacaba un paquete plano envuelto en papel: evidentemente un cuadro.

—¡Un cuadro! —gritó ella.

Él desenvolvió la cosa y se la entregó. Era la Stilleben de Theodor Worpswede: no muy grande, pintada sobre una tabla.

Hannele la miró y palideció.

—Es bueno —gritó ella, en un tono equívoco.

—Bastante bueno —dijo él.

—Especialmente el huevo escalfado —dijo ella.

—Sí, el huevo escalfado está casi vivo.

—¿Pero dónde lo encontraste?

—Oh, lo encontré en el estudio del artista. —Y le contó cómo la había rastreado.

—¡Qué extraordinario! —gritó ella—. ¿Pero por qué lo compraste?

—No lo sé muy bien.

—¿Te gustaba?

—No, no exactamente eso.

—Nunca podrías colgarlo.

—No, nunca —dijo él.

—¿Pero crees que es bueno como obra de arte?

—Creo que es bastante inteligente como pintura. No me gusta el espíritu de ello, por supuesto. Soy demasiado católico para eso.

—No. No —balbuceó ella—. Es bastante horrible en realidad. Por eso me pregunto por qué lo compraste.

—Quizá para evitar que lo comprara cualquier otro —dijo él.

—¿Te importa mucho, entonces? —preguntó ella.

—No, no me importa mucho. No me gustó del todo que vendieras el muñeco —dijo él.

—Necesitaba el dinero —dijo ella tranquilamente.

—Oh, totalmente.

Hubo una pausa de unos momentos.

—Sentí que me habías vendido a mí —dijo ella, tranquila y salvaje.

—¿Cuándo?

—Cuando apareció tu mujer. Y cuando tú desapareciste.

De nuevo hubo una pausa: la pausa de él esta vez.

—Te escribí —dijo él.

—¿Cuándo?

—Oh... marzo, creo.

—Oh, sí. Tuve esa carta. —Su voz era igual de tranquila, e incluso más salvaje.

Así que hubo una pausa que pertenecía a ambos. Luego ella se levantó.

—Quiero irme —dijo—. Nunca llegaremos al glaciar a este ritmo.

Él empaquetó el cuadro, se colgó la mochila y se pusieron en marcha. Ella se agachaba de vez en cuando para recoger las gencianas estrelladas de color tierra lavanda del borde del camino. Al pasar el segundo de los hoteles del valle, vieron al hombre y la mujer sentados en una mesita fuera comiendo pan y queso, mientras la silla de mula con su terciopelo rojo esperaba a un lado en la hierba. Pasaron una arboleda entera de belladona negro púrpura a la izquierda, y algunas cabañas de ganado largas y bajas que, con las piedras en sus tejados, parecían haber crecido como crecen las piedras en tales lugares a través de la hierba. En el lugar salvaje y desértico algunos cerdos negros estaban hozando.

Así serpentearon hacia la cabecera del valle, y vieron la cara empinada delante, y muy arriba, como vapor o espuma goteando de los colmillos de una bestia, cascadas vaporeando hacia abajo desde los profundos colmillos de hielo. Y había un extremo del glaciar, como una gran piel blanco azulada simplemente deslizándose sobre la pendiente de la roca.

A medida que el valle se cerraba de nuevo las flores eran muy hermosas, especialmente las grandes y oscuras campanillas, como campanillas de agua, que se balancearían tan fácilmente, pero que colgaban oscuras y con esa terrible inmovilidad de las flores de montaña superior. Y el camino giraba para ponerse en la larga inclinación en la cara del acantilado, donde subía como una escalera. Lentamente, lentamente los dos subían. Ahora de nuevo veían el valle abajo, detrás. La silla de mula venía, apresurándose, la dama sentada bien sujeta mirando hacia atrás, como miraba la silla, y envuelta en mantas. El marido alto, rubio y de mediana edad en bombachos caminaba a zancadas justo detrás, con la cabeza descubierta.

Alexander y Hannele subían lentamente, lentamente por la pendiente, bajo la cara de roca goteante donde las flores blancas y veteadas de la hierba de Parnaso aún se alzaban rectas y frías en la sombra, como agua que hubiera tomado sobre sí misma carne de flor blanca. Arriba veían el borde deslizante del glaciar, como una terrible gran pata, azulada. Y desde el horizonte nubes gris oscuro estaban humeando hacia arriba, humeando hacia arriba como sopladitas negras y heladas fuera de algún caldero de hielo.

—Va a llover —dijo Alexander.

—No mucho —dijo Hannele secamente.

—Espero que no —dijo él.

Y aun así ella no se apresuraba subiendo esa pendiente empinada, sino que insistía en pararse a mirar. Así que las nubes oscuras, negras como el hielo, humearon sólidas, y la lluvia comenzó a volar en un viento frío. La silla de mula pasó apresurándose, la dama sentada cómodamente con la espalda hacia la mula, un pequeño adorno de faisán en su sombrero de tweed, mientras su marido Tannhäuser alcanzaba su capa oscura con volantes.

Alexander tenía su guardapolvo, pero Hannele no tenía nada más que una chaqueta de punto ligera, como las que llevan las mujeres en casa. Sobre la cresta hueca arriba llegó la lluvia fría de acero. Empujaron hacia arriba por la pendiente. Desde atrás llegó otra mula, y un hombrecito viejo apresurándose, y un carrito como una carretilla de mano, en el que había cestas con repollo y zanahorias y guisantes y trozos de carne, para el hotel de arriba.

—¿Wird es viel sein? —preguntó Alexander al pequeño gnomo—. ¿Será mucha?

—¿Was meint der Herr? —respondió el otro—. ¿Qué dice el señor?

—Der Regen, wird es lang dauern? ¿Durará mucho la lluvia?

—Nein. Nein. Dies ist kein langer Regen.

Así, con su mula, que tuvo que pararse exactamente en ese punto para hacer excrementos, el hombrecito reanudó su camino, y Hannele y Alexander eran los últimos en la pendiente. El aire olía a frío acero de lluvia, y a excrementos calientes. Alexander observó la lluvia golpear en los hombros y en la falda azul de Hannele.

—Es una pena que dejaras tu abrigo grande abajo —dijo él.

—¿De qué sirve decirlo ahora! —respondió ella, pálida en la nariz de ira.

—Totalmente —dijo él, mientras sus ojos brillaban y su frente se oscurecía—. ¿De qué sirve sugerir nada en ningún momento, aparentemente?

Ella se volvió hacia él bajo la lluvia, mientras estaban encaramados casi en la cima de esa subida de acantilado inclinado, con una pata de glaciar colgada casi invisible arriba, y aguas regodeándose en voz alta en el abismo de abajo. Ella le enfrentó, y él la enfrentó.

—¿Qué me has sugerido alguna vez? —dijo ella, su rostro desnudo como la lluvia misma con una furia amarga como el hielo—. ¿Qué me has sugerido alguna vez?

—¿Cuándo has estado abierta a alguna sugerencia? —dijo él, su rostro oscuro y sus ojos brillando curiosamente.

—¿Yo? ¿Yo? ¡Ja! ¿No he esperado a que sugirieras algo? Y todo lo que puedes hacer es venir aquí con un cuadro para reprocharme por haber vendido tu muñeco. ¡Ja! Me alegro de haberlo vendido. Una efigie tonta y estéril era también, una cosa tonta y de mirada fija. Qué iba a hacer sino venderlo. ¿Por qué debería guardarlo, te imaginas?

—¿Por qué vienes aquí conmigo hoy, entonces?

—¿Por qué vengo aquí contigo hoy? —respondió ella—. Vengo a ver las montañas, que son maravillosas, y me dan fuerza. Y vengo a ver el glaciar. ¿Crees que vengo aquí a verte a ti? ¿Por qué debería? Tú estás siempre en algún hotel u otro lejos abajo.

—Viniste a ver el glaciar y las montañas conmigo —respondió él.

—¿Lo hice? Entonces cometí un error. No puedes hacer nada más que poner faltas incluso a las montañas de Dios.

Una llama oscura pasó repentinamente sobre el rostro de él.

—Sí —dijo él—, las odio, las odio. Odio su nieve y sus afectaciones.

—¡Afectación! —rio ella—. ¡Oh! Incluso las montañas son afectadas para ti, ¿lo son?

—Sí —dijo él—. Su altanería y su elevación. Odio su elevación. Odio a la gente cabrioleando en las cimas de las montañas y sintiéndose exaltada. Me gustaría hacerlos parar a todos ahí arriba, en sus cimas de montaña, y que mascaran hielo para llenarse los estómagos. No les dejaría bajar de nuevo, no lo haría. Lo odio todo, te digo; lo odio.

Ella miró con asombro su rostro oscuro, brillante e ineficaz. Le parecía como una llama oscura ardiendo a la luz del día y en las lluvias de hielo: muy ineficaz e innecesaria.

—Debes de estar un poco loco —dijo ella soberbiamente—, para hablar así de las montañas. Son mucho más grandes que tú.

—No —dijo él—. ¡No! No lo son.

—¡Qué! —rio ella en voz alta—. ¿Las montañas no son más grandes que tú? Pero eres extraordinario.

—No son más grandes que yo —gritó él—. No más de lo que tú eres más grande que yo si te subes a una escalera. No son más grandes que yo. Son menos que yo.

—¡Oh! ¡Oh! —gritó ella con asombro y ridículo—. Las montañas son menos que tú.

—Sí —gritó él—, son menos.

Él pareció repentinamente quedarse en silencio y remoto mientras ella lo observaba. El habla se había ido de su rostro de nuevo, parecía estar parado muy lejos de ella, más allá de alguna línea fronteriza. Y en medio de su asombro indignado ella lo observó con maravilla y un toque de fascinación. ¿A qué país pertenecía él entonces?... ¿a qué atmósfera oscura, diferente?

—Debes sufrir de megalomanía —dijo ella. Y dijo lo que sentía.

Pero él solo la miró con ojos oscuros, peligrosos, altivos.

Siguieron su camino bajo la lluvia en silencio. Él estaba lleno de un silencio apasionado e imperiosidad, una fuerza curiosa, oscura y dominante que suplantaba al pensamiento en él. Y ella, que siempre reflexionaba, fue reflexionando: «¿Está loco? ¿Qué quiere decir? ¿Es un loco? Quiere intimidarme. Quiere intimidarme para algo. ¿Para qué quiere intimidarme? ¿Quiere que le ame?».

En esta pregunta final ella descansó. Decidió que lo que él quería era que ella le amara. Y este pensamiento halagó su vanidad y su orgullo y aplacó su ira contra él. Se sintió bastante apaciguada hacia él.

¡Pero qué manera tenía de abordarlo! Quería que ella le amara. De esto estaba segura. Siempre había querido que ella le amara, incluso desde el principio. Solo que no se había decidido al respecto. No se había decidido. Después de que su mujer muriera él se había ido para decidirse. Ahora se había decidido. Quería que ella le amara. Y estaba ofendido, mortalmente ofendido porque ella había vendido su muñeco.

Así que esta fue la conclusión a la que llegó Hannele. Y le complació, y la halagó. Y la hizo sentir bastante cálida hacia él, mientras caminaban bajo la lluvia. La lluvia, por cierto, estaba amainando. La espuma sobre la cresta hueca a la que se acercaban estaba aclarándose considerablemente. Podían ver de nuevo la pata del glaciar colgando un poco más allá. La lluvia iba a pasar. Y no estaban lejos ahora del hotel, y del tercer nivel de Lammerboden.

Él quería que ella le amara. Ella se sintió de nuevo bastante radiante y triunfante dentro de sí misma, y no le importaba un bledo la lluvia en sus hombros. Él quería que ella le amara. Sí, así era como tenía que ponerlo. Él no quería amarla a ella. No. Él quería que ella le amara a él .

Pero entonces, por supuesto, como mujer, ella daba por sentado el amor de él. Tantos hombres habían estado tan dispuestos a amarla. Y este... para su asombro, para su indignación, y más bien para su secreta satisfacción... simplemente insistía negramente en que ella debía amarle a él . Muy bien... se lo pondría difícil. Eso era: él insistía negramente en que ella debía amarle a él . Lo que él sentía no había de ser considerado. Ella debía amarle a él . Y ser intimidada para ello. A eso equivalía. En su alma silenciosa, negra y prepotente, él quería obligarla, quería tener poder sobre ella. Quería hacerla amarle de modo que él tuviera poder sobre ella. Quería intimidarla, físicamente, sexualmente, y desde dentro.

¡Y ella! Bueno, ella estaba igual de segura de que no iba a ser intimidada. Le amaría: probablemente lo haría: muy probablemente ya lo hacía. Pero no iba a ser intimidada por él de ninguna manera en absoluto. No, él debía ponerse de rodillas ante ella si quería su amor. Y entonces ella le amaría. Porque ella sí le amaba. Pero un pequeño amo y tirano de ojos oscuros nunca tendría.

Y esta fue su conclusión triunfante. Mientras tanto la lluvia había cesado casi, habían alcanzado casi el borde del nivel superior, hacia el cual estaban subiendo, y él caminaba en esa timidez silenciosa que la hacía observarlo porque no estaba segura de lo que él estaba sintiendo, lo que estaba pensando, o incluso lo que era. Él era un enigma para ella: eternamente incomprendible en sus sentimientos e incluso sus dichos. No le parecía haber lógica ni razón en lo que él sentía y decía. Nunca podía decir de dónde saldría su siguiente estado de ánimo. Y esto la inquietaba, la hacía observarlo. Y al

mismo tiempo picaba su atención. Él tenía algo de la fascinación de lo incomprendible. Y su curiosa cara inescrutable... no era realmente solo una máscara sin sentido, porque ella la había visto hace media hora derretirse con una pasión bastante incomprendible y más bien, para su mente, tonta. Extraña, negra, inconsecuente pasión. Afirmando con esa curiosa ferocidad oscura que él era más grande que las montañas. ¡Locura! ¡Locura! Megalomanía.

Pero porque él se delataba, ella le perdonaba e incluso le tenía afecto. Y esa extraña pasión suya, que emitía destellos incomprendibles, era bastante fascinante para ella. Sentía solo un poquito de pena por él. Pero no iba a ser intimidada por él. No iba a ceder ante él y su pasión negra. No, nunca. Debía ser amor en igualdad de condiciones o nada. Para el amor en igualdad de condiciones ella estaba bastante lista. Solo esperaba a que él lo ofreciera.

## XVII

En el hotel había un zumbido de turistas. Alexander y Hannele se sentaron en el restaurante tomando café con leche caliente y observando a las doncellas con vestidos de algodón y delantales y brazos desnudos, y a los rubios jóvenes con cuellos de doncella y enormes botas voraces, y a los muchos judíos de la clase equivocada y la forma equivocada. Estos judíos estaban siendo todos muy austriacos, en traje tirolés que no les sentaba bien, asumiendo todo el gesto y la entonación de la Austria aristocrática, de modo que uno podría pensar que eran aristócratas austriacos, si no escuchaba adecuadamente, o si no miraba dos veces. Ciertamente eran señores de los Alpes, o al menos señores de los hoteles alpinos este verano, fueran cuales fueran los prejuicios. Judíos de la clase equivocada. Y sin embargo incluso

ellos impartían un saludable aliento de cordura, desilusión y falta de sentimentalismo a la excitada atmósfera de Bergheil . Su presencia sardonica y de ojos oscuros parecía decir a los jóvenes de montaña de cuello de doncella: «No dejéis brotar demasiado las alas del espíritu, queridos míos».

La lluvia había cesado. Había una brizna de sol desde un cielo gris. Alexander dejó la mochila, y los dos salieron al aire. Ante ellos yacía el último nivel de la subida, el Lammerboden. Era una hondonada bastante espeluznante entre los picos, un último valle poco profundo de aproximadamente una milla de largo. Al final, la enorme corriente estática del glaciar se vertía desde la roma cima de montaña de hielo. El hielo era mate, de color hosco, derretido en la superficie por el verano muy caluroso: y así parecía una enorme, detenida e inundada riada, terminando en una pared de ola de hielo salpicado de piedra sobre el lecho del valle de escombros rocosos. Un descenso espeluznante de piedra y bloques de roca, el pequeño lecho del valle, con un río delirando a través. A la izquierda se alzaba la roca gris, pero el glaciar estaba allí, enviando abajo grandes patas de hielo. Era como algún gran oso de hielo de pelaje profundo yaciendo extendido sobre las alturas cimera, y alcanzando abajo terribles patas de hielo hacia el valle: como algún inmenso oso del cielo pescando en las sólidas oquedades de la tierra desde arriba. A Hepburn simplemente lo llenaba de terror. A Hannele también la asustaba, pero le daba una sensación de éxtasis. Algunas de las inmensas patas surcadas de hielo mantenidas abajo entre la roca eran de color azul vivo, pero de un azul aterrador y venenoso, como sulfato de cobre cristalino. La mayor parte del hielo era un gris verdoso hosco y semi-transparente.

Los dos se pusieron en marcha para caminar a través del macizo y desolado lecho de piedra, bajo rocas y sobre aguas, hacia el glaciar principal. Las flores eran aún más hermosas en este último tramo. Particularmente las oscuras campanillas eran grandes y casi negras y de hielo metálico: uno podía imaginar que daban un tintineo sordo de hielo. Y la hierba de Parnaso se alzaba erguida, grandes copas de venas blancas sostenidas terriblemente desnudas y abiertas a su aire de hielo.

Desde detrás de la gran cumbre roma de hielo que bloqueaba la distancia al final del valle, una niebla o nube gris pálida y lanosa se estaba fundiendo hacia arriba, exhalando enorme, como alguna aura gris muerta hacia el cielo, y cubriendo la cima del glaciar. Todo a lo largo del valle la gente esta-

ba hilando, extrañamente insignificante, entre el desorden gris de piedra y roca, como insectos. Hannele y Alexander avanzaron rápidamente, a lo largo del sendero agotador.

—¿Estás contento ahora de haber venido? —dijo ella, mirándole triunfante.

—Muy contento de haber venido —dijo él. Sus ojos estaban dilatados de excitación que era prueba o batalla mística más que el éxtasis de Bergheil. La curiosa vibración de su excitación hacía la escena extraña, bastante horrible para ella. Ella también se estremeció. Pero aún le parecía contener la llave de todo glamur y éxtasis, el gran glaciar silencioso y vivo. Le parecía como una gran bestia.

Cuando se acercaron vieron la pared de hielo: el final del glaciar, de costura gruesa y salpicado de escombros de piedra y suciedad. Desde abajo, secreta en las piedras, el agua salía corriendo. Cuando llegaron muy cerca, vieron que el gran monstruo estaba sudando por todas partes, goteos y riachuelos de sudor corriendo por sus costados de hielo puro y fangosamente translúcido. Allí estaba, el glaciar, terminando abruptamente en la pared de hielo bajo la cual estaban parados. De cerca, el hielo era puro, pero empapado, toda la superficie bastante podrida por el verano caluroso. Era hosca y translúcida, y de un color azul verdoso oscuro y acuoso. Pero cerca de la tierra se volvía de nuevo de color brillante, destellos de verde como jade, destellos de azul como zafiro fino y pálido, en pequeñas cavernas sobre las piedras húmedas donde las paredes goteaban para siempre.

Alexander quería subir al glaciar. Era su único deseo: estar de pie sobre él. Así que bajo la pelúcida pared húmeda trabajaron duro entre la roca hacia arriba, hacia donde el sendero de guía montaba el hielo. Varias otras personas estaban delante de ellos —meros turistas de día— y todos inciertos sobre aventurarse más lejos. Pues la pendiente de hielo se alzaba empinada y resbaladiza, hielo puro, encerrado por el sol y sudoroso. Aun así, era como una espalda curvada. Uno podía trepar a ella, y subir hasta el primer nivel, como la llanura en lo alto de alguna enorme pata.

Allí estaba el pequeño grupo de gente, enfrentando la cuesta arriba de hielo hosco, puro y de aspecto empapado. Todos tenían miedo: naturalmente. Pero siendo humanos, todos querían ir más allá de su miedo. Era extraño que el hielo pareciera tan puro, como carne. No brillante, porque la

superficie era blanda como una epidermis blanda y profunda. Pero hielo puro hasta profundidades inmensas.

Alexander, tras alguna vacilación, comenzó cautelosamente a probar el hielo. Le tenía miedo. Y no tenía bastón, y solo botas de suela lisa. Pero tenía un gran deseo de estar de pie sobre el glaciar. Así que, cautelosa y temblorosamente, comenzó a luchar unos pasos arriba por la pendiente pura. El hielo estaba blando en la superficie, podía clavar el talón en él y conseguir un pequeño agarre lateral. Así que, tambaleándose y yendo de lado, subió unas yardas, y estaba en la pendiente de hielo desnuda.

Inmediatamente los jóvenes y el hombre gordo de abajo comenzaron a abordarlo también: también dos doncellas. Durante algún tiempo, sin embargo, Alexander cautelosamente y trepando lideró el camino. La pendiente de hielo era más empinada, y redondeada, de modo que era difícil mantenerse de pie de cualquier manera. A veces resbalaba, y se aferraba con las puntas de los dedos quemadas a la masa de hielo blanda. Luego intentó tirar su abrigo abajo, y conseguir un punto de apoyo en eso. Luego fue bastante rápido agachándose y consiguiendo un pequeño agarre con los dedos, y yendo ridículamente como a cuatro patas.

Hannele observaba desde abajo, y vio la exhibición ridícula, y estaba asustada y divertida, pero más asustada. Y seguía llamando, para gran alegría de los austriacos de abajo:

— Vuelve. Vuelve, por favor.

Pero cuando se puso de pie de nuevo, él solo le agitó la mano, medio enfadado, mientras ella permanecía allá abajo con su vestido azul. Los otros tipos con bastones y botas de clavos habían cobrado ahora valor y estaban trepando como cangrejos pasando a nuestro héroe, haciéndolo mejor que él.

Él había llegado a una grieta en el hielo. Se sentó cerca del borde y miró hacia abajo. Hielo limpio, puro, fundido con color pálido, y fundido en azul sulfato de cobre intenso allá abajo en la grieta. No era como cristal, sino fundido como uno funde una cuenta de bórax bajo una llama de soplete. Y aguda, malvadamente azul en las profundidades de la grieta.

Miró hacia arriba. No había subido ni la mitad de la pendiente. Así que siguió adelante, sobre el enorme cuerpo del hielo de carne blanda, inclinando su camino a veces a cuatro patas, a veces usando su abrigo, normalmente

golpeando hacia dentro con el lado del talón. Hannele abajo le gritaba que volviera. Pero otros dos jóvenes estaban ahora casi a su nivel.

Así luchó hasta que estuvo más o menos sobre el borde. Allí se paró y miró el hielo. Bajaba desde arriba en un gran mundo hueco de hielo. Un mundo, un lugar terrible de colinas y valles y laderas, todo inmóvil, todo de hielo. Allí arriba la nube de niebla gris se asomaba más grande. Y cerca había grietas largas y enormes, lado a lado, como branquias en el hielo. Parecería como si el hielo respirara a través de estas grandes branquias surcadas. Uno podía mirar abajo en la serie de abismos, profundidades temibles, y el color ardiendo ese azul ácido e intenso, más intenso cuanto más profunda iba la grieta. Y las crestas de las branquias abiertas se surcaban y agrupaban azul pálido sobre las grietas. Parecía como si el hielo respirara allí.

La maravilla, el terror y la amargura de ello. Nunca una hoja cálida que desplegar, nunca un gesto de vida que emitir. Un mundo suficiente en sí mismo en falta de vida, todo este hielo.

Se volvió para bajar, aunque los jóvenes estaban pasando más allá de él. Y viendo el hielo translúcido desnudo ondulando hacia abajo en una curva viciosa, siempre la misma translucidez oscura bajo los pies, tuvo miedo. Si resbalaba, ciertamente se deslizaría todo el camino hacia abajo, y se rompería algunos de sus huesos. Incluso cuando se sentó tuvo que aferrarse con las uñas de los dedos en el hielo, porque si hubiera empezado a deslizarse se habría deslizado todo el camino hacia abajo sobre el asiento de sus pantalones, precipitadamente, y habría aterrizado sabe el cielo cómo.

Hannele estaba observando desde abajo. Y él estaba asustado, encaramado, sentado en el hombro de hielo y sin saber cómo bajar. Arriba veía las grandes branquias azules de hielo surcando el aire. Abajo había dos grietas azules, luego las últimas garras de nivel húmedo de hielo sobre las piedras. Y allí estaba Hannele y las tres o cuatro personas que habían llegado tan lejos.

Sin embargo, descubrió que clavando los talones de lado con suficiente agudeza podía mantener el equilibrio, sin importar cuán empinada fuera la pendiente. Así que empezó a sacudir su camino en zig-zag hacia abajo.

Mientras descendía, llegó un guía con una barba negra y toda la parafernalia de cuerdas y poste y botas erizadas. Él y sus caballeros comenzaron a abrirse camino hielo arriba. Con esos clavos erizados como dientes en las botas, era bastante fácil: y un poste en el que apoyarse.

Hannele, que se había hartado de esperar, y que también estaba asustada, se había ido escabullendo en el viaje de vuelta. Él se apresuró tras ella, agradecido de estar fuera del hielo, pero excitado y gratificado. Mirando atrás, vio al guía y a los hombres en el hielo observando el mundo de hielo y el tiempo. Luego ellos también se volvieron para bajar. El día no era seguro.

## XVIII

Reflexionando, bastante estremecidos, hilaron su camino a través del desierto de roca y agua impetuosa de vuelta al hotel. El sol brillaba cálidamente por un momento, y él se sentía feliz, aunque las puntas de sus dedos sangraban un poco por el hielo.

— Pero un día — dijo Hannele —, me encantaría ir con un guía justo arriba, alto, justo dentro del glaciar.

— No — dijo él —. He ido lo bastante lejos. Prefiero el mundo donde las coles crecen en el suelo. Nada crece en los glaciares.

— Dicen que hay pulgas de glaciar, que solo viven en los glaciares — dijo ella.

— Bueno, para mí el hielo no parecía bueno para comer, ni siquiera para una pulga.

—Nunca se sabe —rio ella—. Pero estás contento de haber ido, ¿no?  
—Muy contento. Ahora no necesito ir nunca más.  
—¿Pero sí te pareció maravilloso?  
—Maravilloso. Y terrible, para mi mente.

## XIX

Comieron venado y espinacas en el hotel, luego se pusieron en marcha hacia abajo de nuevo. Ambos se sentían más felices. Ella recogió algunas flores y las puso en su pañuelo para que no murieran. Y de nuevo se sentaron junto al arroyo, para beber un poco de vino.

Pero el humo de nube estaba subiendo de nuevo, espeso desde detrás del glaciar. Hannele estaba intranquila. Quería bajar. Así que fueron bastante rápido. Muchos otros turistas se apresuraban hacia abajo también. La lluvia comenzó: un agudo puñado de gotas arrojadas desde más allá del glaciar. Así que Hannele y él no se quedaron a descansar, sino que bajaron fácilmente por el valle empinado y oscuro hacia la terminal de automóviles.

Allí tomaron el té, bastante cansados, pero cómodamente. El gran restaurante del hotel era horrible, y parecía sórdido. Así que en la penumbra de un crepúsculo gris y temprano salieron de nuevo y se sentaron en un banco, observando a los turistas y a los excursionistas y a los hombres de los automóviles. Había tres judíos de Viena: y la chica tenía un enorme perro lanudo blanco, tan grande como un ternero, y blanco y lanudo y sedoso y amable como un juguete. Los hombres, por supuesto, venían palmeándolo y admirándolo, tal como los hombres siempre hacen, en la vida y en las nove-

las. Y la chica, sosteniendo la correa, posaba y se inclinaba hacia atrás en la actitud de las heroínas en las portadas de novelas. Decía que el monstruo blanco y fresco era un perro de estepa siberiano. Alexander se preguntaba qué hacían las estepas con tal guau-guau. Y los tres judíos fingían que eran elegantes austriacos salidos de romances populares.

—¿Crees —dijo Alexander— que te casarás con el Herr Regierungsrat ?

Ella miró alrededor, poniendo ojos grandes.

—¡Lo parece, verdad! —dijo ella.

—Totalmente —dijo él.

Hannele observó al perro blanco lanudo. Así que por supuesto vino moviendo sus siempre amables cuartos traseros hacia ella. Ella lo miró todavía, pero no lo tocó.

—¿Qué te hace hacer tal pregunta? —dijo ella.

—No sabría decirlo. Pero aun así, realmente no has respondido. ¿Realmente tienes la plena intención de casarte con el Herr Regierungsrat? ¿Es esa tu intención final en este momento?

Ella le miró de nuevo.

—Pero antes de responder —dijo ella—, ¿no debería saber por qué preguntas?

—Probablemente ya lo sabes —dijo él.

—Te aseguro que no.

Él guardó silencio durante unos momentos. El enorme perro lanudo se paró frente a él y respiró seductoramente, con la lengua fuera. Él solo lo miró inexpresivamente.

—Bueno —dijo él—, si no fueras a casarte con el Herr Regierungsrat, sugeriría que te casaras conmigo.

Ella miró fijamente hacia el garaje de autos, una muy leve mirada de diversión, o placer, o ridículo en su cara: o las tres cosas. Y una cierta timidez.

—¿Pero por qué? —dijo ella.

—¿Por qué qué? —devolvió él.

—¿Por qué deberías sugerir que yo me case contigo?

—¿Por qué? —respondió él, en sus tonos persistentes—. ¿Por qué? Bueno, ¿con qué propósito suele pedir un hombre a una mujer que se case con él?

—¡Con qué propósito! —repitió ella, bastante altivamente.

—¿Por qué razón, entonces! —corrigió él.

Ella guardó silencio durante unos momentos. Su rostro estaba cerrado y de aspecto un poco entumecido, sus manos yacían muy quietas en su regazo. Miró lejos de él, cruzando la carretera.

—Suele haber solo una razón —respondió ella, con una voz bastante pequeña.

—¿Sí? —respondió él con curiosidad—. ¿Cuál dirías que es esa?

Ella vaciló. Luego dijo, bastante rígidamente:

—Porque él realmente la amaba, supongo. Esa me parece la única excusa para que un hombre pida a una mujer que se case con él.

Siguió un silencio sepulcral, que ella no tenía intención de romper. Él sabía que tendría que responder, y por alguna razón no quería decir lo que era obviamente lo que había que decir.

—Dejando a un lado la cuestión de si tú me amas o yo te amo... —empezó él.

—Yo ciertamente no la dejaré a un lado —dijo ella.

—Y yo ciertamente no la consideraré —dijo él, igual de obstinadamente.

Ella se volvió ahora y le miró de lleno, con asombro, ridículo e ira en su cara.

—Realmente creo que debes de estar loco —dijo ella.

—Dudo que pienses eso —respondió él—. Es solo un método de represalia, eso es. Creo que entiendes mi punto muy claramente.

—¡Tu punto! —gritó ella—. ¡Tu punto! Oh, ¿así que tienes un punto en toda esta palabrería?

— ¡Totalmente! —dijo él.

Ella guardó silencio con indignación durante algún tiempo. Luego dijo con enfado:

— Te aseguro que no veo tu punto. No veo ningún punto en absoluto. Veo solo impertinencia.

— Muy bien —respondió él—. El punto es si nos casamos sobre una base de amor.

— ¡Vaya! ¡Casarnos! ¡Nosotros, casarnos! No creo que ese sea de ninguna manera el punto.

Él sacó su mochila de debajo del banco entre sus pies. Y de la mochila sacó el famoso cuadro.

— Cuando —dijo él— se suponía que estábamos enamorados el uno del otro, hiciste ese muñeco de mí, ¿verdad? — Y se sentó mirando el odioso cuadro.

— Nunca por un momento me engañé pensando que realmente me amabas —dijo ella amargamente.

— Toma el otro punto, si tú me amabas a mí o no —dijo él.

— ¿Cómo podía amarte cuando no podía creer en tu amor por mí? —gritó ella.

Él puso el cuadro abajo entre sus rodillas de nuevo.

— Todo esto sobre el amor —dijo él— es muy confuso y muy complicado.

— ¡Muy! En tu caso. El amor para mí es bastante simple —dijo ella.

— ¿Lo es? ¿Lo es? ¿Y fue amor simple lo que te hizo hacer ese muñeco de mí?

— ¿Por qué no debería hacer un muñeco de ti? ¿Te hace algún daño? Y ¿no eras un muñeco, cielos santos? No eras nada más que un muñeco. Así que, ¿qué daño te hace?

— Sí, lo hace. Me hace el mayor daño posible —respondió él.

Ella se volvió contra él con ojos muy abiertos de asombro y rabia.

—¿Por qué? ¿Por qué, por favor? ¿Puedes decirme por qué?

—No del todo, no puedo —respondió él, cogiendo el cuadro y sosteniéndolo frente a él. Ella apartó su cara de él como un gato aparta la nariz de un cigarrillo encendido—. Pero cuando lo miro... cuando miro esto... entonces sé que no hay amor entre tú y yo.

—¿Entonces por qué me estás hablando de esta manera vergonzosa? —le lanzó ella, con lágrimas de ira y mortificación subiendo a sus ojos—. Quieres tu pequeña venganza sobre mí, supongo, porque hice ese muñeco de ti.

—Puede que sea así, en pequeña medida —dijo él.

—Eso es todo. Eso es todo y todo —gritó ella—. Y eso es todo para lo que volviste a mí... para esta pequeña venganza. Bueno, ya la has tenido. Pero por favor no me hables más. Veré si puedo irme a casa en el gran ómnibus.

Se levantó y se alejó. Él la vio buscando al conductor del autobús a motor. La vio penetrar en el patio del garaje. Y la vio emerger de nuevo, después de un tiempo, y tomar el camino hacia el río. Él siguió sentado frente al hotel. No había nada más que hacer.

Los turistas que habían llegado en el gran autobús empezaron ahora a reunirse. Y pronto el enorme vehículo pardo mismo llegó rodando y se paró grande como una casa ante la puerta del hotel. Los pasajeros empezaron a trepar a sus asientos. Los dos hombres del perro blanco se iban: pero la mujer del perro blanco, y el perro, se quedaban atrás. Hepburn se preguntó si Hannele había conseguido ser transferida. Lo dudaba, porque sabía que el ómnibus estaba abarrotado.

Además, él tenía su billete.

Los pasajeros fueron empaquetados dentro. El conductor estaba recogiendo los billetes. Y por fin el gran autobús se alejó rodando. La bahía del final de la carretera parecía muy vacía. Incluso la mujer con el perro blanco se había ido. Pronto el otro coche, el Luxus, así llamado, debía aparecer. Hepburn se sentó y esperó. La tarde estaba cayendo fría, los árboles parecían espeluznantes.

Por fin Hannele se acercó paseando de nuevo, de mala gana.

—Creo —dijo ella— que tienes mi billete.

—Sí, lo tengo —respondió él.

—¿Me lo das, por favor?

Él se lo dio. Ella se demoró un momento. Luego se alejó caminando.

Se oyó el sonido de un automóvil. Con un ronroneo triunfante el Luxus salió dirigiendo desde el patio del garaje y paró en la puerta del hotel. Hannele vino apresurándose también. Fue directa a una de las puertas traseras... ella y Hepburn tenían sus asientos delante, junto al conductor. Tenía el pie en el estribo del asiento trasero. Y entonces tuvo miedo. El pequeño conductor de cara afilada —no había revisor— vino mirando el coche. La miró con su ojo metálico y afilado de mecánico.

—¿Vuelve toda la gente que vino? —preguntó ella, encogiéndose.

—Jawohl.

—¿Está lleno... este coche?

—Jawohl.

—¿No hay otro sitio?

—Nein.

Hannele se encogió alejándose. El conductor fue absolutamente lacónico.

Seis de los pasajeros estaban aquí: cuatro ya estaban sentados. Hepburn seguía sentado junto a la puerta del hotel, Hannele se demoraba en la carretera junto al coche, y el pequeño conductor, con una enorme bufanda de lana alrededor de la garganta, corría alrededor y dentro y fuera buscando a los dos pasajeros que faltaban. Por supuesto faltaban dos pasajeros. No, no podía encontrarlos. Y se fue trotando de nuevo, silenciosamente, como una comadreja tras dos conejos. Y por fin, cuando todo el mundo se estaba enfadando, los desenterró y los trajo escabulléndose al coche.

Ahora Hannele tomó su asiento, y Hepburn a su lado. El conductor chasqueó los billetes y trepó pasando a su lado. Con un chirrido vengativo el coche se deslizó barranco abajo. Otro viaje bestial había terminado, otras infernales vacaciones alegres acabadas.

—Creo —dijo Hepburn— que igual da que termine lo que tenía que decir.

—¿Qué? —gritó Hannele, revoloteando en el viento del coche que corría.

—Igual da que termine lo que tenía que decir —gritó él, con el aliento arrebatado.

—Termina entonces —chilló ella, con los extremos de su bufanda parpadeando tras ella.

—Cuando murió mi mujer —dijo él ruidosamente—, supe que no podía amar más.

—¡Oh-h! —chilló ella irónicamente.

—De hecho —gritó él—, me di cuenta de que, en lo que a mí respectaba, el amor era un error.

—¿Qué era un error? —chilló ella.

—El amor —bramó él.

—¡El amor! —chilló ella—. ¿Un error? —Su tono era burlón.

—Para mí personalmente —dijo él, gritando.

—Oh, solo para ti personalmente —gritó ella, con un bufido de risa.

El coche dio un gran viraje, y ella cayó sobre el conductor. Luego se enderezó. Dio otro viraje, y ella cayó sobre Alexander. Se enderezó con enfado. Y ahora corrían rectos: y parecía un poco más tranquilo.

—Me di cuenta —dijo él— de que siempre había cometido un error, comprometiéndome a amar.

—Debe de haber sido un compromiso para ti —gritó ella.

—Sí, me temo que lo fue. Nunca lo quise realmente. Pero pensé que sí. Y ahí es donde cometí mi error.

—¿A quién has amado alguna vez?... ¿incluso como un compromiso? —preguntó ella.

—Para empezar, a mi madre: y eso fue un error. Luego a mi hermana: y eso fue un error. Luego a una chica que conocía de toda la vida: y eso fue

un error. Luego a mi mujer: y ese fue mi error más terrible. Y luego empecé el error de amarte a ti.

—Comprometiéndote a amarme, quieres decir —dijo ella—. Pero entonces nunca lo emprendiste adecuadamente. Nunca te comprometiste realmente a amarme.

—No del todo, ¿verdad? —dijo él.

Y ella se sentó sintiéndose enfadada de que él nunca hubiera hecho el compromiso.

—No —continuó él—. No del todo. Por eso volví a ti. No quiero amarte. No quiero matrimonio sobre una base de amor.

—¿Sobre una base de qué, entonces?

—Creo que lo sabes sin que yo lo ponga en palabras —dijo él.

—De veras, te aseguro que no. Eres demasiado misterioso —respondió ella.

Hablar en un automóvil que corre velozmente es un asunto estresante. Ambos hicieron una pausa, para descansar, y para esperar un tramo de carretera más tranquilo.

—No es muy fácil ponerlo en palabras —dijo él—. Pero probé el matrimonio una vez sobre una base de amor, y debo decir que fue un asunto espantoso a la larga. Y creo que lo sería, para mí, cualquiera que fuera la mujer que tuviera.

—Debe de haber algo mal contigo, entonces —dijo ella.

—En lo que al amor respecta. Y sin embargo quiero matrimonio. Quiero matrimonio. Quiero una mujer que me honre y me obedezca.

—Si eres bastante razonable y muy parco con tus mandatos —dijo Hannele—. Y muy cuidadoso de cómo das tus órdenes.

—De hecho, quiero una especie de Griselda paciente. Quiero ser honrado y obedecido. No quiero amor.

—Cómo se las arregló Griselda para honrar a ese tonto de marido suyo, incluso si le obedecía, es más de lo que puedo decir —dijo Hannele—. Me

gustaría saber qué pensaba realmente de él. Justo lo que cualquier mujer piensa de un tonto tirano de marido.

—Bueno —dijo él—, eso no me sirve.

Estuvieron en silencio ahora hasta que el coche paró en la estación. Allí descendieron y caminaron bajo los árboles junto al lago.

—Siéntate en un banco —dijo él—, y terminemos.

Hannele, que estaba realmente ansiosa por oír lo que él tuviera que decir, y que, como mujer, estaba fascinada por un hombre cuando empezaba a revelar sus propios pensamientos más íntimos —sin importar cuánto pudiera burlarse ella después—, se sentó a su lado. Era una tarde gris, cayendo justo la oscuridad. Luces centelleaban a través del lago, el hotel de allí enfrente enhebraba sus hileras de luz. Algunos botes pequeños venían remando silenciosamente a la orilla. Era una tarde gris y pesada, con esa sensación especial de tristeza con la que un día festivo suele concluir.

—Honor y obediencia: y los sentimientos físicos apropiados —dijo él—. Para mí eso es el matrimonio. Nada más.

—¿Pero qué son los sentimientos físicos apropiados sino amor? —preguntó Hannele.

—No —dijo él—. Una mujer quiere que la adores, y estés enamorado de ella... y yo no lo haré. No lo haré de nuevo, aunque viva como monje el resto de mis días. No te adoraré ni estaré enamorado de ti.

—No tendrás oportunidad, gracias. ¿Y a qué llamas los sentimientos físicos apropiados, si no estás enamorado? Creo que quieres algo vil.

—Si una mujer me honra... absolutamente desde el fondo de su naturaleza me honra... y me obedece por eso, considero que mi deseo por ella va mucho más profundo que si estuviera enamorado de ella, o si la adorara.

—Es lo mismo. Si amas, entonces todo está ahí... todo el lote: tu honor y obediencia y todo. Y si el amor no está ahí, nada está ahí —dijo ella.

—Eso no es cierto —respondió él—. Una mujer puede amarte, puede adorarte, pero nunca te honrará ni te obedecerá. La mujer más amorosa y adoratriz de hoy podría en cualquier minuto empezar y hacer un muñeco de su marido... como tú hiciste de mí.

—Oh, ese eterno muñeco. ¿Qué hace que se clave tanto en tu mente?

—No lo sé. Pero ahí está. No fue malicioso. Fue halagador, si quieres. Pero simplemente se me clava como una espina: como una espina. Y ahí está, en el mundo, en Alemania en algún sitio. Y puedes decir lo que quieras, pero cualquier mujer, hoy, no importa cuánto ame a su hombre... podría empezar en cualquier minuto y hacer un muñeco de él. Y el muñeco sería su héroe: y su héroe no sería más que su muñeco. Mi mujer podría haberlo hecho. Lo hizo, en su mente. Tenía su muñeco de mí bastante bien. Vaya, la oí hablar de mí a otras mujeres. Y su muñeco era mucho más tonto que el que tú hiciste. Pero es todo lo mismo. Si una mujer te ama, hará un muñeco de ti. Nunca estará satisfecha hasta que haya hecho tu muñeco. Y cuando tiene tu muñeco, eso es todo lo que quiere. Y eso es lo que significa el amor. Y así, no seré amado. Y no amaré. No tendré a nadie amándome. Es un insulto. Siento que he sido insultado durante cuarenta años: por el amor, y las mujeres que me han amado. No seré amado. Y no amaré. Seré honrado y seré obedecido: o nada.

—Entonces lo más probable será nada —dijo Hannele sarcásticamente—. Porque te aseguro que no tengo nada más que amor que ofrecer.

—Entonces guarda tu amor —dijo él.

Ella rio brevemente.

—¿Y tú? —gritó ella—. ¡Tú! Incluso supón que fueras honrado y obedecido. Supongo que todo lo que tienes que hacer es sentarte ahí como un sultán y sorberlo.

—Oh, no. Tengo muchas cosas que hacer. Y mujer o no mujer, voy a empezar a hacerlas.

—¿Qué, por favor?

—Vaya, nada muy emocionante. Voy a África Oriental a unirme a un hombre que se está rompiendo el cuello para poner sus tres mil acres de tierra bajo control. Y cuando haya hecho algunos experimentos y observaciones más, y haya obtenido todos los hechos necesarios, voy a hacer un libro sobre la luna. Mujer o no mujer, voy a hacer eso.

—¿Y la mujer?... suponiendo que consigas a la pobre cosa.

—Vaya, vendrá conmigo, y nos estableceremos allí.

— Y ella hará todo el honrar y obedecer y el trabajo doméstico incidentalmente, mientras tú montas a caballo por el día y miras fijamente a la luna por la noche.

Él no respondió. Estaba mirando lejos a través del lago.

— Qué harás por la mujer, pobre cosa, mientras se destroza a sí misma honrándote y obedeciéndote y haciendo espantoso trabajo doméstico en África: porque sé que puede ser horrible: horrible.

— Bueno — dijo él lentamente —, ella será mi mujer, y la trataré como tal. Si el servicio matrimonial dice amar y cuidar... bueno, en ese sentido lo haré.

— ¡Oh! — gritó Hannele —. ¿Qué, amarla? ¿Realmente amar a la pobre cosa?

— No en ese sentido de la palabra, no. No la adoraré ni estaré enamorado de ella. Pero será mi mujer, y la amaré y cuidaré como tal.

— Solo porque es tu mujer. No porque sea ella misma. Destino espantoso para cualquier mujer miserable — dijo Hannele.

— No lo creo. Creo que es su destino más alto.

— ¿Ser tu mujer?

— Ser una mujer... y ser amada y protegida como una mujer... no como una mujer coqueta.

— ¡Ser amada y cuidada solo porque eres su mujer! No, gracias. Todo lo que puedo admirar es la vanidad y desfachatez de ello.

— Muy bien, entonces... ahí está — dijo él, levantándose.

Ella se levantó también, y siguieron hacia donde estaba atado el bote.

Mientras remaban en silencio sobre el lago, él dijo:

— Me iré mañana.

Ella no respondió. Se sentó y observó las luces de la villa acercarse. Y entonces dijo:

— Iré a África contigo. Pero no prometo honrarte y obedecerte.

— No te quiero de otra manera — dijo él, muy tranquilamente.

El bote derivaba hacia el pequeño embarcadero. Las amigas de Hannele la estaban llamando desde el balcón.

— ¡Hola! — gritó ella—. Ja. Da bin ich. Ja, 's war wunderschön .

Luego a él le dijo:

— ¿Entrarás?

— No — dijo él— , remaré directo de vuelta.

Desde la villa bajaban corriendo los escalones para recibir a Hannele.

— ¿Pero no me tendrás incluso si te amo? — le preguntó ella.

— Debes prometer lo otro — dijo él—. Viene en el servicio matrimonial.

— ¿Hat 's geregnet? Wie war das Wetter? Warst du auf dem Gletscher? — gritaron las voces desde el jardín.

— Nein... kein Regen. Wunderschön! Ja, er war ganz auf dem Gletscher — gritó Hannele en respuesta. Y a él, sotto voce:

— No seas un asno solemne. Entra, haz el favor.

— No — dijo él— , no quiero entrar.

— ¿Quieres irte mañana? Vete si quieres. Pero, de todos modos, no lo diré antes del servicio matrimonial. No es necesario, ¿verdad?

Ella pasó del bote al tablón.

— Oh — dijo ella, dándose la vuelta— , dame ese cuadro, por favor, ¿quieres? Quiero quemarlo.

Él se lo entregó.

— Y ven mañana, ¿quieres? — dijo ella.

— Sí, por la mañana.

Él remó hacia atrás rápidamente hacia la oscuridad.

FIN

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**